

Mannel de Atocha Rodríguez Larios

JAQUIVIRI
y otros
cuentos





MANUEL DE ATOCHA RODRIGUEZ LARIOS, (1938) Guasave, Sinaloa. Premio Estatal de Cuento "El Debate" en 1988, estudió la licenciatura Ciencias de la Comunicación, en la U de O donde ocupó la cátedra de Periodismo Radiofónico y el Taller de Radio.

Periodista desde 1960, (Vuelos: El Regional de Guasave; Garabatos: el Diario de Sinaloa) dejó espacios para hacer periodismo radiofónico: Este Día en XEGS y Encuentro y Charlas de Café en XEORO. Es corresponsal de la cadena nacional RASA, Radiodifusoras Asociadas, S.A.

Fue docente en CONALEP Guasave y miembro del staf nacional de esta institución educativa para formar capacitadores en las empresas.

Actualmente dirige un despacho de asesoría comunicacional.

JAQUIVIRI y otros cuentos



JUANS. MILLAN LIZARRAGA

Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa

J. ANTONIO MALACON DIAZ

Secretario de Educación Pública y Cultura

ERNESTO CEBREROS MURILLO

Director General de COBAES

JAQUIVIRI, Y OTROS CUENTOS

Manuel de Atocha Rodríguez Larios

Primera edición 2000

(c) Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa
Culiacán Rosales, Sinaloa, enero de 1997

ISBN-968-7300-49-3

Colección: *Torre de Babel II Época*

Edición: *Dirección de Extensión de la Cultura y los Servicios
de COBAES*

Edición con fines académicos no lucrativos.

Hecho en México

Printed in Mexico

PRESENTACION

Jaquiviri y otros cuentos, de Manuel de Atocha Rodríguez Larios, es un libro claramente dividido en tres partes, por lo que a temática se refiere. Pero ello no es obstáculo para que los 24 cuentos que lo conforman logren la unidad necesaria gracias a la brevedad de los textos y al estilo ameno y ágil de un escritor con buen manejo del lenguaje.

En la primera parte, el autor recrea literariamente las costumbres y tradiciones prehispánicas con la terminología y el lenguaje propio de la época que nos da un fresco mosaico plagado de hermosos símbolos y trasmite con efectividad la vida diaria y los conflictos del ser humano.

En la segunda parte hay textos más cercanos a nuestra época donde el humor y la ironía en el tratamiento de temas cotidianos, hacen de la lectura un divertimento donde no están ausentes la fábula y la más rica fantasía.

Por último, la tercera parte, está compuesta de las más crudas realidades y vivencias de la delincuencia juvenil donde el autor logra, con el lenguaje propio del delincuente, transmitir la tragedia dolorosa de una juventud que desvió su camino para caer víctima del crimen y las drogas.

Los editores

LA CASA DE LOS GUAYPARIMES

Una lluvia menuda había caído sobre el valle. Las hojas lucían gotitas trémulas que cintilaban al correr la brisa vespertina y pequeñas abejas negras buscaban el último néctar de la tarde. La vida en todo su esplendor se manifestaba en la bulleante actividad de miríadas de insectos, pájaros y roedores que poblaban los alrededores del caserío, pero había también una fuerte tensión en la comunidad indígena; se notaba en la voz abroncada de los guerreros reunidos bajo el frescor de sombrosas bebelamas y en las mejillas enrojecidas de las jóvenes núbiles que cuchicheaban, mirándolos de soslayo mientras, con sonido de rítmicos aplausos hacían tortillas para cenar.

Pensando no perderse un solo detalle de la ceremonia, las mujeres regresaban apresuradamente del río, ágil el paso, esbeltos los talles, equilibrando sobre la cabeza adornados cántaros llenos de agua para beber gozaban la tibia claridad del sol muriente sobre sus firmes y turgentes pechos; usaban túnicas de algodón que les llegaban abajo de la rodilla o faldas de

ixtle finamente tejido. Las adolescentes sólo vestían unas falditas de cuero de venado, desde la cintura a la mitad del muslo y una pequeña concha atada al cuello, símbolo de virginidad.

Los mandones de la tribu, vestidos con trajes de ixtle y palma, vieron llegar a un grupo de prostitutas que venían a participar en la ceremonia donde una joven se consagraría al servicio de los hombres. Ellas y las ancianas de la familia habían pasado muchas horas dando consejos a la joven y le habían enseñado el uso de hierbas y raíces para evitar los embrazos trayéndole, asimismo, finos colores para pintarse el rostro. Aunque raramente habitasen su propio pueblo, los cahitas no las despreciaban. Eran consagradas; mujeres dedicadas a un oficio ejercitado como comprensible función social. Ilitchi, la más hermosa de ellas vivía en una amplia casa, fuera del poblado, junto a un bosquecillo de frondosos guayparimes.

Bajo un viejo macapule, los pajcolas iniciaron su danza rodeando a Babu, la hermosa hija de Sehua y Joyicahui el Cazador; ella había decidido dedicar su vida al servicio de los hombres. Hicieron sonar suavemente sus tenábaris, crisálidas secas atadas a sus piernas, que cascabelearon como abejas irritadas al aumentar el ritmo de los pasos hipnotizantes, incansables, marcados en el zumbir de las sonajas y el castañeteo de cien pezuñas de venado atadas a la cintura.

Cuando el sol se ocultaba Babu sonrió; tenía 14 años y era virgen, pero desde esa noche sería conocida como Babu la Cortesana. Junto al grueso tronco del árbol recitó las palabras sagradas tomando en sus manos morenas un pequeño cuenco de cerámica roja y bebió el brebaje preparado con extraños frutos y hojas silvestres; le daría fortaleza para soportar su brutal desfloración. El líquido se deslizó por su garganta con una sensación cálida que la hizo sentirse ajena, distante, como si otra, no ella, estuviera a punto de participar en el bárbaro

rito.

Desaparecido su nerviosismo, calmada por completo, comenzó a escuchar, divertida, el intencionado canto tribal de las rameras: sincopada letanía que añorantes viejos entonaban con agudas voces desdentadas.

Esa tarde Sehua y Babu, acompañadas de las mujeres casadas de la familia, habían bajado al río. En un remanso rodeado de álamos, macapules y aromas de vinorama, Sehua desnudó a su hija y la bañó frotándola suavemente con cortezas jabonosas. Viendo el cuerpo firme y esbelto, la piel tersa del color de las pencas de mezcal tatemado y su sonrisa luminosa, ella recordó que no le faltaban pretendientes. Jóvenes cazadores que sobresalían por su valor o labradores dedicados con entusiasmo al cultivo de la tierra trataban de conquistar a la joven, pero Babu se había afirmado en su propósito: se dedicaría al oficio de Ilitchi.

Sehua, de naturaleza reposada, tímida y callada, se veía furiosa, como jabalí parida. Ella era de estirpe achire, tribu salvaje donde el marido era propietario absoluto de la mujer y desconocían su consagración al servicio de los hombres. Su crianza, bajo la férrea disciplina de sus ancestros achire, rechazaba la idea de que su hija pudiese pertenecer a muchos hombres y hacía brotar un odio profundo, incontrolable, contra quien la había entusiasmado para escoger ese oficio.

Por su parte Joyicahui era cahita y aceptaba con toda naturalidad el destino de su hija. Pero le parecía una actividad ingrata porque no podría negar sus favores a quien lo solicitara, aun en el caso de que algún hombre la tomase como esposa. Reconocía, por otra parte, que era un oficio respetable y que consagrarse al servicio de los hombres era una excelente opción para las mujeres.

Construyó, en las afueras del pueblo, una casa para Babu

con horcones de amapa y vigas de ébano. El encamado para la tierra del techo no lo hizo con pitaya, como era usual, sino de cedro partido en delgadas fajas. Primorosos petates, de fino carrizo, formaron las paredes; en esta forma el viento refrescaría el interior conservando la privacidad.

Babu recordó sus escapadas a la casa de Ilitchi a pesar de las recomendaciones de su madre. No encontraba nada anormal en la conducta de esta mujer agradable, tranquila y reconocida como persona bondadosa y servicial. Algunas razones que oponía Sehua a su amistad con Ilitchi le parecieron intrascendentes y otras, exageradas.

Para la dulce y cariñosa Babu era muy agradable visitar la casa de los guayparimes pues la hermosa cortesana entretenía a Babu y a su propia hija Chocqui, contándoles historias que evocaban aparecidos, fieras sanguinarias, juegos de hulama, inundaciones, guerras, grandes cosechas o castigos a violadores. Las acompañaba a bañarse al río y a recoger frutas del monte y, cuando comían les daba a probar sabrosos y embriagantes licores de mezcal, huizache y tunas.

A veces, por las tardes, les permitía fumar, en secreto, aquella yerba verde cuyo humo acre producía una inquietante sensación de bienestar.

Sehua, solitaria en su casa, vio pasar, cantando, a Ilitchi y a sus compañeras rumbo al macapule donde sería la celebración. “Van bien borrachas...”, se dijo, mientras imaginó, con asco, la fuerte resaca que tendrían por la mañana. Entonces, como relámpago, una idea iluminó su cerebro y la sangre achire impulsó su acción.

La noche estaba clara y no tuvo dificultades para llegar a la casa donde vivía Suula la Yerbera; había visto dónde tenía guardado aquel remedio líquido, incoloro, insípido, que con una gota daba la vida pero que causaba la muerte sin dejar hue-

Illa si se administraba en dosis altas. Nadie estaba en casa. Encendió un trozo de ocote. Ahí, en la parte alta del horcón central encontró lo que buscaba: un cañuto de carrizo, casi lleno, del peligroso líquido. En silencio tomó la vereda rumbo a la casa de los guayparimes. Llegó a la pequeña arboleda cuando los primeros tamboriles comenzaron a sonar iniciando la ceremonia donde todos los hombres de la tribu pasarían por el lecho de su hija. Ciega de rabia, segura de la fuerte sed que les provocaría la resaca de su embriaguez, vertió la mortal posición en el agua de las tinajas.

La luna llegó al cenit, el aire se llenó de cantos en la lengua melodiosa de los pueblos del río Petatlán y la tribu, congregada alrededor del fuego, comenzó a tomar embriagantes bebidas de pitaya fermentada.

Babu, vestida con una fina túnica de algodón, adornada con decenas de tintineantes cascabeles de cobre, joyas de turquesa y figuritas de jade, consumió los hongos rituales, se despojó de la túnica y, sin mostrar ninguna emoción inició, desnuda, su primitiva danza ofreciéndose a los hombres.

Cuando terminó de bailar, Joyicahui su padre, desató de su cuello el símbolo de su doncellez: una pequeña concha que él mismo había colocado cuando llegó a la pubertad. Después entregó a su hija. El brujo de la tribu recibió a la joven y, entre humos de copal y batir de tambores, entraron a la nueva casa. Consumado el ritual que segó su virginidad, Babu era una prostituta consagrada.

Al tercer día Babu despertó del pesado sueño producido por las drogas consumidas en la ceremonia y, orgullosa de su nuevo estado, sintió la necesidad de hablar con su maestra y consejera.

Con paso elástico, cimbreante, gozando de la caricia del sol matinal, se puso en marcha hacia la casa de los guayparimes,

hogar de la bella cortesana. Nada le anticipó la sorpresa, intensas náuseas le invadieron ante el espectáculo de los cadáveres, ya tumefactos, de Ilitchi, su hija Chocqui y las demás mujeres que habían venido a su consagración.

JUUPE, EL ACHIRE

I

Dos enormes rocas grises, dispuestas en ángulo, protegían el campamento. La crepitante hoguera esparcía el característico olor de carne humana al fuego. Mientras los hombres, acucillados en semicírculo cuchicheaban guturalmente, las mujeres, silenciosas sombras de ojos brillantes, esperaban que terminaran de comer, sabedoras que ellas se hartarían con la mayor parte del cuerpo de un cobarde guerrero cahita que sucumbió sin bravura, sin intentar siquiera defenderse. El jefe sólo permitió a los hombres comer los poderosos brazos y piernas.

II

El grupo de merodeadores avanzaba por la estrecha senda venadera, bordeaban el río hacia un gran poblado. Eran

guerreros achire, antropófagos, bravos, brutales, silenciosos como serpientes y feroces como pumas. Al frente iba Juupe, Mezquite; como todos ellos desnudo pero cubierto el cuerpo con figuras pintadas con tierra roja, cal y tizne, sin insignia ni marcas que lo distinguieran como jefe; bastaba su gran estatura y la fiereza que externaba su rostro. Los jefes achire no heredaban el mando, lo ganaban.

Venían a robar mujeres. La población femenina de su lejano reducto en la península del Perihuete, había ido sucumbiendo al inhóspito clima de las salitrosas marismas donde moraban y pensaron sorprender a los ocoroni, tribu cahita que, confiada en su ancestral respeto por la virginidad femenina, permitía que las jóvenes transitaran sin custodia por los campos.

El ataque los tomó por sorpresa. Los de retaguardia cayeron primero, con la cabeza hecha pedazos. Juupe apenas entrevió el escudo de piel de caimán que le destrozó la garganta; el golpe de la pesada maza, fracturándole el cráneo, lo hizo caer al río de lo alto del paredón. Con los últimos vestigios de lucidez, medio trepó a un tronco que arrastraba la corriente.

Un grupo de cazadores ocoroni, guerreros por antonomasia, se ocultaban en la espesura al acecho de venados y los descubrieron, exterminando a los invasores en cuestión de minutos.

Días después, el tronco embarrancó en un recodo; Juupe alcanzó penosamente la orilla y quedó postrado. Tarde ya, mujeres que bajaban por agua lo encontraron delirando con el cuello y la cabeza horriblemente hinchados. El río lo había depositado en Tetamuchala, poblado grande a pocos kilómetros del mar, cuyos habitantes lo llevaron a la casa comunal. Un anciano yerbero lo tomó a su cuidado mientras todos

hacían conjeturas acerca de su origen. Las aguas habían lavado sus marcas de tierra. Siendo evidente que no podía hablar, nadie lo interrogó.

Permaneció inconsciente casi una luna y cuando recobró el conocimiento no era ni la sombra del joven y gallardo jefe achire. No podía coordinar movimientos, ni ideas; no podía pensar y flotaba en un mar de bruma confuso e irreal. Nada recordaba, había olvidado quién era y de dónde venía.

Lo sacaban a la puerta de la casa y ahí quedaba sentado con la mirada perdida, sin moverse, incapaz de sentir el deseo de hacerlo. Lo que hablaban le parecía familiar, a veces algo entendía y en varias ocasiones creyó reconocer alguno de los nebulosos rostros de los lugareños; Juupe ignoraba que tamazulas y achires estaban étnica y lingüísticamente emparentados.

Veía pasar la gente. Las mujeres al agua, a recolectar frutas, a moler maíz; los hombres a sembrar, a jugar hulli, a reuniones rituales donde se embriagaban con licor de pitaya; ni siquiera cambiaba su expresión cuando algunas jovencitas, vestidas tan solo con una corta falda de cuero de venado y los pechos descubiertos, le sonreían al pasar o le hacían travesuras poniéndole florecillas en el pelo. Solamente cuando los cazadores pasaban cargando un venado, un puma o un jabalí que habían matado, su mente regresaba del espacio infinito y le brillaban los ojos.

III

Pasó el tiempo y Juupe comenzó a recuperarse lentamente. No tenía memoria, pero su joven cuerpo reclamaba acción y empezó a participar en la vida de la comunidad. Ganó muscu-

latura y agilidad. Recobró con rapidez su destreza para tirar con arco y pronto se convirtió en un excelente cazador. Sus compañeros festejaban lo que creían rápido aprendizaje y principiaron a respetar su férrea disciplina.

Lo llamaron Huicori, Iguana, por su retraído carácter aunque su condición ciertamente huraña no se debía tanto a las cicatrices del cuerpo como a su vacío interior.

A instancias del viejo yerbero desmontó una gran superficie de terreno y fue orgullo para su protector, que le enseñó a sembrar, la forma como clavaba la coa, como una lanza, profundamente, en la tierra que le devolvió ciento por uno. Sin familia que sostener, acumuló riqueza.

Su voluntad se había impuesto, no en balde era un cacique achire, el más fuerte, el más valiente, el mejor dotado. Ignorante de su vida anterior, forjó una nueva personalidad con raíces en su pueblo adoptivo.

IV

Cierto día, gentes de agua arriba llegaron a buscarlo. Un incendio había acabado con sus reservas de maíz y supieron que un tal Huicori tenía de sobra. El trato fue ventajoso para todos, le pagaron con cueros de venado, finas telas de algodón, vasijas bellamente decoradas y otros artículos entre los que destacaba una pulimentada lanza de guerra, larga, recta, fuerte, con la punta de cortante obsidiana.

Regresaron a su comunidad y Juupe los acompañó como invitado. Las costumbres, algo diferentes, le agradaron. Aquí los sembradíos estaban cercados y se advertía amor a la tierra en el trazo rectilíneo de las desyerbadas sementeras. Las casas, con techos y paredes de petate, lucían limpiísimas y las

jóvenes, con una pequeña concha atada al cuello, que indicaba su doncellidad, bajaban al río a traer agua en cántaros de barro cocido, que equilibraban graciosamente sobre la cabeza, mientras platicaban en un idioma que a Juupe le gustó por cadencioso y musical.

Regresó a Tetamuchala, liquidó asuntos pendientes y aposentó en la tierra de los guasaves. No era un desagradecido, simplemente se había prendado de una joven de cintura breve y dulce mirada.

V

Babu: Arcilla para Cántaros, hacía honor a su nombre, era suave, tersa y poco tiempo antes había tomado la decisión de dedicarse a satisfacer a todo hombre que pagara sus servicios.

La noche de su consagración, la vistieron con ricas galas y, una vez proclamada su condición de virgen, su padre le quitó la irisada concha que lucía al cuello. Después bailó, desnuda, frente a toda la comunidad. Adornada con joyas de jade y turquesa entró al mundo de un servicio que jamás podría dejar. De ahí en adelante nunca negaría sus caricias al hombre que se lo pidiera. Aunque tomara marido.

Juupe la visitaba a menudo, tanto para gozar del hermoso cuerpo como para disfrutar de su deliciosa compañía. Babu intuyó desde el primer momento su alma solitaria y lo colmó de ternura; a su modo, ella también era un alma solitaria.

Oculto en el subconsciente, el pasado de Juupe, lleno de feroces matanzas, de lucha sin piedad, de ruda vida nómada, afloraba en sus sueños. Muchas veces, mientras Babu lo abanicaba para aliviarlo del calor estival, le oía hablar dormido en el dialecto achire. Nunca lo dijo ni jamás le

importó. Amaba a Juupe.

Una noche en que, insomne, había perdido la esperanza de que él viniera, escuchó del lado del río un suave rumor de hojas apartadas, aquel inconfundible modo de caminar: deslizarse de achire. La alta figura se recortó contra el cielo lleno de estrellas y ella salió, feliz, a encontrar a su amado. Una mano brutal tapó su boca y el filoso cuchillo de carey penetró, hondo, en su pecho, Babu murió sin un quejido.

Un grupo de guerreros achire intentaba sorprender al poblado pero los centinelas de la casa donde dormían las mujeres oyeron el forcejeo y dando la voz de alarma dispararon sus flechas hacia la obscuridad. Sólo una hizo blanco pero causó una herida que dejaba un claro rastro de sangre.

Juupe sintió removerse en lo mas profundo de su ser el instinto violento de su raza y, sin esperar al grupo punitivo que se organizaba, tomó su hermosa lanza de combate y cruzó el río a nado, tras los asesinos.

Toda la mañana siguió la huella hasta llegar a un claro donde los fugitivos se habían detenido para curar al herido; de ahí en adelante sintió que acortaba la distancia; las señales eran cada vez más recientes: una hoja caída, cierta ramita quebrada, una piedrecilla fuera de lugar, las hormigas correteando incrédulas. Los homicidas no iban apresurados; Juupe reafirmó su deducción; estaban seguros que los buscarían hacia el sur donde tenían su territorio por lo que caminaban rumbo al oriente, frenados por su compañero lesionado.

Bajó una quebrada, encontró un campamento: vacío; el fuego recién extinguido. Al trepar el bordo divisó una tribu completa que avanzaba con descuido, sin prisa. El instinto de cazador debió hacerlo recelar pero la cólera lo cegaba exigiéndole venganza. Olvidando toda precaución comenzó a co-

rrer, palpitante de odio y no vio la gruesa rama flexionada que se disparó dándole de lleno en la frente sin que nada amortiguara el golpe. Se dobló luchando contra la inconsciencia.

Los achires, que aguardaban emboscados, salieron de sus escondites y lo rodearon llenos de asombro. Jamás había resistido alguien el impacto terrible de sus trampas. Aquel solitario guerrero de impresionante musculatura, aquel audaz y hábil enemigo que durante todo el día los había rastreado y que osaba atacarlos armado solamente de una lanza, les impuso respeto. Tensaron lentamente sus arcos anticipando la furiosa embestida.

Juue recuperó la memoria con el golpe. Se miraba a sí mismo con ojos extrañados contemplando su vestimenta cahita; sin pintura de guerra, sin compañeros, rodeado de hombres que le apuntaban amenazantes. Debió saltar hacia adelante lanzando estridentes alaridos de guerra, pero su convivencia con gente distinta había cambiado profundamente su naturaleza. Trató de identificar a sus enemigos y tras un momento de duda los reconoció: eran Bátat, y Tóori, y Corohui; y también sus hermanos Biicha y Teccu. Tiró su arma y abriendo los brazos avanzó con alegría.

Cinco flechas atravesaron su corazón. Cayó muerto, sin pronunciar palabra, cerca de dos enormes rocas grises, dispuestas en ángulo.



Juype cayó muerto sin pronunciar palabra, cerca de dos enormes rocas grises dispuestas en ángulo.

JAQUIVIRI

CURUA

Cuando la luna nueva llegue, Jaquiviri será mi esposa. Contemplar a Jaquiviri es ver la belleza de la luna de verano en una noche tranquila. ¡Jaquiviri, tierno arroyito; bella como un amanecer! ¡Cómo me deslumbra con sus ojos como estrellas! ¡Cómo late mi corazón cuando la encuentro y pudorosa baja la mirada! No pierdo ocasión de buscarla y admirar su hermosura. Hay qué ver lo linda que se ve tejiendo palma, barriendo su casa o paseando por el campo; pero más, más que todo, me parece preciosa cuando sube del río, acompañada de sus amigas, con el cántaro lleno de agua sobre su cabeza, cimbreante el talle y erguido el busto. Las risitas y cuchicheos de sus compañeras me indican que no le soy indiferente.

Cuando terminó la cosecha, fui a su casa y me brindó una jícara llena de fresca bebida de pitaya; ella misma la preparó con sus manitas adoradas. Lo digo porque le faltaba bastante dulce, pero me supo a gloria. Me impresionó su nerviosismo,

seguramente era por mi presencia.

MUSUCOBA

Me cae pesado Curúa el Guerrero. Todos dicen que cuando se encuentra con Jaquiviri casi se la come con los ojos... Me gustaría plantarle al tal guerrero una pedrada en medio de la frente, pero tengo miedo; los mayores dicen que es tan valiente como diez pumas juntos; debe ser verdad porque todos ellos lo respetan; en verdad nadie creería esto viendo su corpachón fofo y su panzota, aunque prueba de ello son las muchas cicatrices que siempre presume, el fanteche.

Lo que debe hacer es casarse con una mujer de su edad y terminar la casa que está construyendo en la orilla del río. Está muy viejo para vivir en la casa comunal de los solteros. Todos andamos desvelados porque no deja dormir a nadie con sus ronquidos.

Es un avaro, nunca emplea sus bienes; solamente se embriaga tomando bebida de pitaya fermentada cuando la regalan a todo el mundo durante las grandes festividades, y nunca lo hemos visto jugar al patoli ni al mali. Solamente le gusta la cacería ¡porque se come lo que caza! Dice mi Tata Grande que cuando era joven lo despreció por tacaño una mujer muy bonita que prefirió consagrarse como prostituta en vez de casarse con él.

CURUA

Ayer, después de consultar con el jefe de la tribu, fui a la casa de Mori, mi viejo amigo, para platicar y ponernos de acuerdo

sobre los bienes que le daré a cambio de mi futura compañera. No quería; alegaba que mi amada se convirtió en mujer hace sólo seis lunas y le fue colgada al cuello la pequeña concha que lo pregona. Al final del día nos pusimos de acuerdo. Quedamos en cuarenta pieles de venado adulto, la cosecha de calabazas del terreno que colinda con su milpa, cincuenta medidas de maíz y veinticinco de frijol. Además, me pidió el arco de huiloche que me trajeron de la sierra el pasado invierno. También se lo daré. Jaquiviri bien lo vale.

MORI

Ayer vino Curúa El Guerrero. Se casará con Jaquiviri. Aunque siento pesar por entregar mi hija menor a un hombre de la misma edad que yo, me consuela haber hecho una buena alianza. Curúa es poderoso y tiene bienes para mantener a diez familias.

Por ahí supe que una vez lo vieron vestido de mujer pero no lo creo; hemos combatido juntos muchas veces y jamás lo he visto titubear al entrar en combate. Ataca siempre de frente, con su lanza firme y el escudo alto. Le gusta la guerra y si se vistiera de mujer, no podría tomar las armas; estaría muerto en vida. Me gustaría saber quién lo dijo para estar seguro. Bien me acuerdo que cuando éramos jóvenes estuvo enamorado de Babu, aquella hermosa mujer que decidió dedicarse a satisfacer a los hombres. Cuando la mataron unos merodeadores de la tribu achire, a Curúa se le secó el alma; desde entonces no sabe más que de trabajo y de guerra.

CURUA

Ahí está ese vago de Musucoba, con su pandilla de inútiles como él, todo el tiempo jugando al patolli. No se qué gusto le encuentran estar todo el día sentados jugando con esos trocitos de madera y semillas de colores. ¡Qué vida! Por la tarde se van a jugar ulama; parecen zonzos pegándole a esa pelota de hule. No hay como la cacería, eso sí que es bueno: acechar al venado o al puma, superar su astucia, como se hace con los enemigos y tensar silenciosamente el arco para sentir la flecha que sale con violencia llevando nuestra fuerza, nuestro mensaje de muerte. La cacería no es como la guerra, donde gana el más fuerte; el cazador mata al adversario superándolo en habilidad. ¡Qué miradas me echa ese cachorro holgazán! Sus ojos son como dos lanzas de guerra.

MUSUCOBA

Cada vez que Curúa el Guerrero me mira siento que taladra mi cabeza y se me enchina el cuero. A lo mejor ya sabe que yo soy el que dijo que andaba vestido de mujer; claro que es mentira pero lo detesto con toda el alma desde que puso los ojos en la linda Jaquiviri. Ella y yo nacimos el mismo verano; pero toda la gente piensa que soy todavía un cachorro y ella... ella desde el principio de esta primavera es toda una mujer que hasta puede agarrar marido. ¡Dicen que Curúa se va a casar con ella!

¡Jaquiviri, Jaquiviri, ay mi Jaquiviri..! Quisiera correr de desesperación y darme de topes contra un árbol.

ZUBAI

Me gustaría que Curúa El Guerrero, se fijase en mí. No me importa que tenga tres veces mi edad. Dice el abuelo que cuando Curúa el Guerrero era joven, se enamoró de Babu, una linda muchacha que fue asesinada por unos merodeadores, y a él se le secó el alma, ¡Qué corazón tan romántico! Años y años llorando a su amada muerta. ¡Y qué valiente! Es el primero que se presenta para los combates.

En la última guerra contra la tribu bacorehuis, le hicieron una horrible herida en el pecho. Quise ir a curarlo, pero mamá no lo permitió. Dice que soy todavía muy joven para atender heridas graves. ¡Caray con mamá, siempre exagerando! Jaquiviri es por lo menos diez lunas menor que yo y Musucoba dice que se casará cuando tengamos luna nueva.

Esa zonza. ¡Cabeza de urraca! Parece ardilla correteando de aquí para allá y de allá para acá, meneando el trasero frente a Curúa. Dicen mis amigas que anda derritiéndose por ella. ¡Qué rabia!

JAQUIVIRI

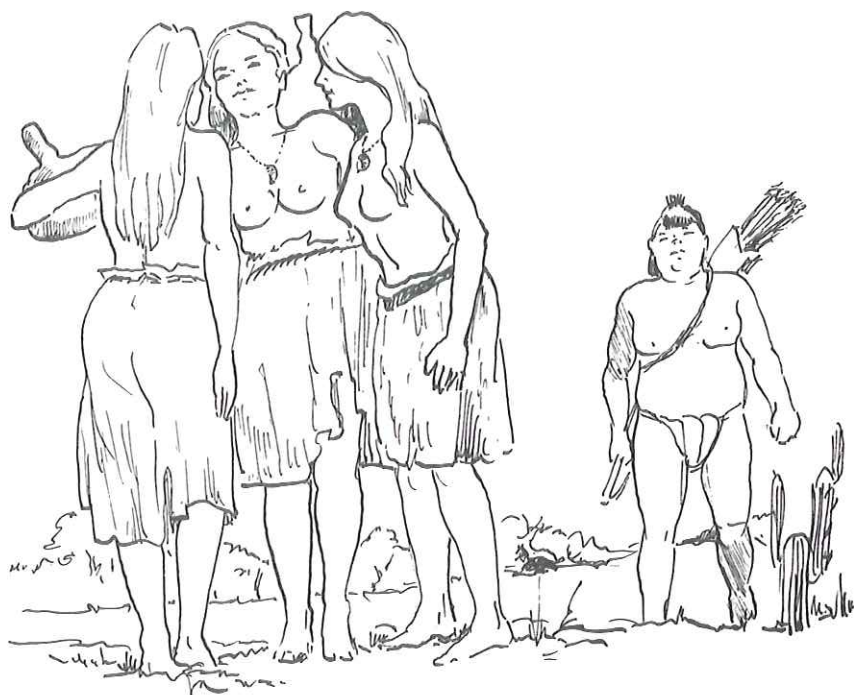
Ahí viene Curúa, Culebra Gorda. ¡Qué nombre más bien puesto!

Por cierto que se cree muy guapo. ¡Con tamaña panza! Mis amigas se burlan diciéndome que lo traigo loquito y que quiere casarse conmigo. ¡Qué asco! se ve reterepugnante con esa horrenda cicatriz que le cruza la cara.

Cuando terminó la cosecha fue a casa y se puso a platicar con papá. Le di una jícara llena de agua de pitaya bien aceda. Ji, ji, ji. ¡Se la bebió todita y ni gestos hizo! Quise traerle

más, pero mi papá me detuvo lanzándome una mirada fulminante. ¡m'Mm!

¡Uff! Es lo más repulsivo. Y luego, la forma en que me mira: se queda lelo, cayéndosele la baba. ¡Fuchi! No sería su mujer aunque fuese el único hombre sobre la tierra.



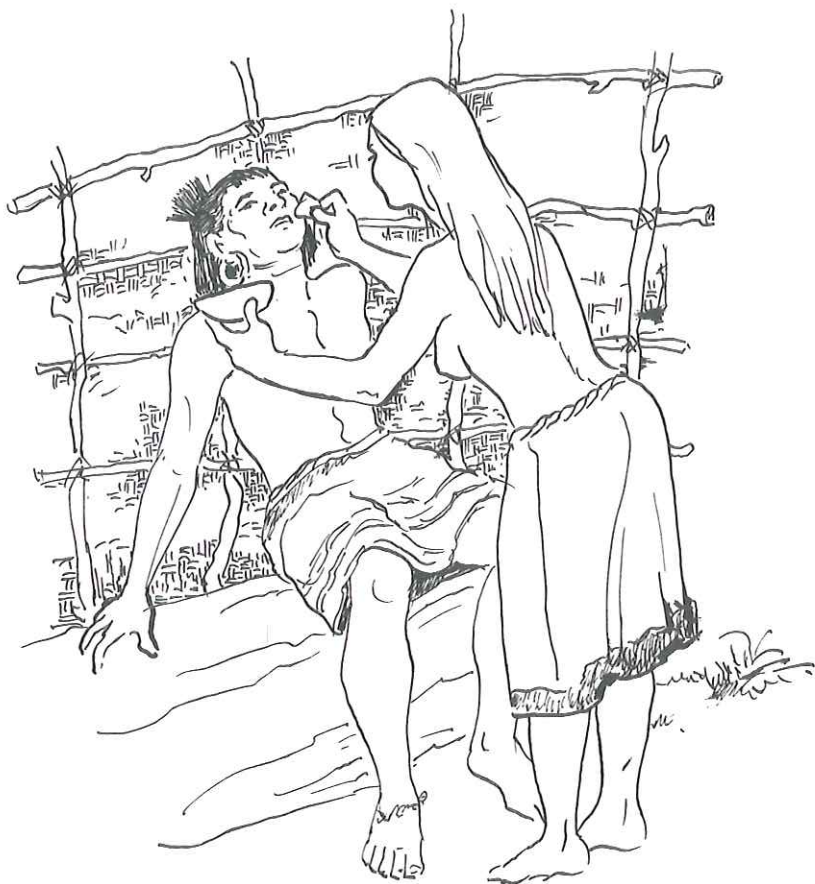
Ahí viene Curua, culebra gorda, ¡qué nombre mas bien puesto!... ¡Fuchi!, no me casaría con él aunque fuese el único hombre sobre la tierra.

COSAS DEL DESTINO

Como en sueños, muy nebulosamente, me acuerdo cuando mataron a Babu, la prostituta. Yo era un niño entonces y ni soñaba en convertirme en lo que ahora soy: una vergüenza para mi familia porque en la tribu me llaman “Coni el hombre que gusta de los hombres”.

Digo que casi ni me acuerdo cuando mataron a esa mujer, para que vean que no soy viejo, más bien creo que los aceites y tierras con que me pinto el rostro causan estas manchas y arrugas sobre la piel.

Soy hijo de Chocqui y nieto de Ilitchi, mujeres que, como Babu, se dedicaban a complacer a los hombres. Ilitchi a pesar de sus brebajes y cocimientos de yerbas parió, además de mi madre, cuatro varones a quienes nunca les gustó el trabajo que desempeñaban las hembras de casa, aunque fuesen aceptadas de buen grado por la comunidad. Rudos cazadores, mis tíos me trataban con dureza, según ellos para quitarme lo consentido, pero sólo consiguieron apegarme más a las faldas de Chocqui y provocaron una enfermiza sobreprotección de la



En la tribu me llaman “Coni el hombre que gusta a los hombres”. Choqui me pintó la cara y me puso uno de sus vestidos.

abuela. Me criaron, pues, con demasiados mimos, taimado, grosero y acostumbrado a que mamá complaciera todos mis caprichos.

Mamá era pequeña de cuerpo, bien proporcionada y vivaracha como una venadita; no podía compararse en belleza ni estatura a Ilitchi, que era renombrada en toda la comarca, pero no le fue mal en el oficio porque tenía muchas cualidades, era una cocinera extraordinaria y sabía preparar bebidas embriagantes no sólo de pitaya, como todo mundo, sino de muchos otros frutos entre los que recuerdo el zapote, las uvalamas, los ayales, y el capomo machacado; también lo hacía con vainas tiernas de huizache.

Agasajaba a sus clientes más fieles cocinándoles docenas de platillos: conejo, armadillo, iguana, ardilla, jabalí, paloma, choli. Se me hace agua la boca recordando un delicioso guiso de culebra colorada que aderezaba con tomate, chiquelite, ejotes y yerbas de olor. Las liebres no le gustaban.

Chocqui podía darte todo un banquete con puros quelites, los preparaba en diecisiete formas diferentes, todas para chuparse los dedos... ¡Y el venado! Nadie como ella para tomar una paletilla o el lomo completo, las frotaba con grasa donde molía hojas de chiltepín y varias clases de semillitas del monte y después de asarla sobre brasas de mezquite las acompañaba con aquellas tortillas que hacía: pequeñas como sus manos y delgaditas como una hoja de elote; seleccionaba las mazorcas más sazonas y cocía los granos con aquella cal color de rosa que traían del lejano río de los Muertos, después remolía la masa hasta que quedaba suavecita como pulpa de aguacate maduro para cocerlas después, en un apaste grueso, lisito y ancho que le regaló Mori el Alfarrero. Del mismo modo preparaba la masa para tamales.

Para tatemar calabazas hacíamos un hueco en la tierra, lo llenábamos de leña y manteníamos encendida la lumbre todo el día. En la tarde se sacaban los rescoldos, metíamos las calabazotas enteras y para en la mañana se habían convertido en una delicia.

De joven, ella había vivido en la desembocadura del río, por lo que sabía cocinar pescado, almejas y cangrejos a la manera de los marismeños. A veces visitaba por varios días la Isla Larga de donde traía caracoles y tortugas con los cuales preparaba platillos cuyo sabor nadie ha podido igualar. Chocqui, además, tenía gracia para entonar sus propias canciones con una voz pequeñita, dulce como ella misma, de tal modo que los hombres quedaban satisfechos y le pagaban con gusto.

Poco a poco fui aprendiendo a preparar sabrosos platillos, a fermentar las frutas para las bebidas y a buscar yerbas en el campo. Yo cocino bien, pero mi especialidad son las cosas dulces: Uvalamas, guayparimes, capomos, biznaga, guamúchiles pasados y aguamas con miel de enjambre, pero lo mejor es un dulce de pitaya al que no le dejo una sola semilla.

Por lo que respecta a mi... digamos “profesión” actual, se inició cuando el cacique de Tetamuchala tuvo una discusión con nuestros mandones y para castigarlos decidieron enviar un grupo del cual yo formaba parte, honor que me llenó de orgullo, pero Chocqui se puso frenética; salió de la casa con los ojos desorbitados, dijo que tenía miedo de que me mataran, que me lastimaran, que me hirieran, que me quedase inválido, mutilado o desfigurado; un montón de tonterías, ya saben ustedes cómo son las madres. Soltó gritos como si estuviera loca, se revolcó en el suelo y lanzó alaridos hasta media noche. Por allá en la madrugada se quedó dormida. Pobre mamá, nunca entendió que yo deseaba ir a la guerra, matar enemigos y volver triunfante para que las jóvenes del pueblo me

admirasen. Cuando despertó empezó a hablarme con ese tono de voz que usan las mujeres cuando toman una decisión y están seguras que se van a salir con la suya. Me dijo que había solucionado el problema y aseguró que, por lo menos, me tendría entero para siempre.

Muy temprano, a pesar de mis protestas, Chocqui me pintó la cara, me puso uno de sus vestidos y, cuando llegaron los jefes, les dijo con toda claridad que yo no quería ir al combate, que deseaba convertirme en mujer y que se fueran con sus pleitos a otra parte. Y se fueron.

Al atardecer regresaron felices de la vida. Los de Tetamuchala no tenían ganas de pelear por pequeñeces así que hicieron la paces, organizaron una fiesta en la orilla del río, se divertieron con las jóvenes solteras, participaron en una carrera de jabalíes, trajeron un montón de regalos y, como remate, venían bailando y cantando alegremente por el camino, bien borrachos de tanta pitaya fermentada que bebieron. En nuestro pueblo se habló del suceso durante años.

Hoy recorro los caminos vistiendo ropas femeninas. Me prohíben ir a la guerra y vivo de dar satisfacciones a ciertos hombres que nunca valoran la exquisita calidad de las bebidas y manjares que preparo ni el placer que les ofrezco.

Soy nadie. Soy nada. Hoy, después de muchos años de pensar y pensar, acepto que son cosas del destino. Así sucedió, simplemente.

ARCILLA VERDE

Con las primeras luces del día, Mori el Alfarero salió a buscar arcilla verde; esa tierra densa, fina, pastosa, con la cual formaba la capa exterior de sus vasijas. Durante años los artesanos cahitas habían obtenido su material del manto depositado bajo gruesa capa de tierra aluvial pero, hacía varias lunas, una fuerte avenida del río había hecho desaparecer este yacimiento.

Mori vestía solamente un taparrabos de ixtle, finamente tejido, sostenido con un cinturón de cuero de jabalí; en la muñeca izquierda llevaba su amuleto: pulsera de concha en cuya parte saliente estaba tallado un rostro humano, de ojos redondos, como batracio; del hombro colgaba un morral de piel de puma donde guardaba un ancho cuchillo de obsidiana y la palita para escarbar, primorosamente trabajada en el omóplato de un venado.

No era guerrero; las tribus vecinas bien lo conocían como artesano de manos maravillosas que hábilmente proporcionaba tanto una cazuela para la hornilla, una pipa, un



**Mori. Hombre sabio, prudente, pero dominado por una pasión:
la alfarería.**

plato, un ánfora para el agua o un silbato para entretener a los niños. Hombre de paz era Mori.

Sabía dónde encontrar, secreto heredado de los abuelos de sus abuelos, piedras que una vez molidas, daban color negro al adorno de sus trabajos o aquel rojo, tan raro, imprescindible para decorar cántaros, vasos, urnas, máscaras o bien los preciosos y ornamentados cuencos donde colocaban ofrendas para los muertos. Cuando era necesario, fabricaba grandes recipientes de barro cocido para sepultar, en posición fetal, a quienes emprendían su viaje a la eternidad. También sabía utilizar los ocre y los fondos blancos tenían un tono cremoso que nadie igualaba.

Mori había cumplido ya medio siglo; era delgado, con manos largas, poderosas, que tomaban un trozo de barro y, con maravillosa facilidad, lo transformaban en piezas de exquisita belleza. Hombre sabio, prudente, pero dominado por una pasión: la alfarería.

Caminó río arriba por la orilla pedregosa sin preocuparse del terreno; sólo de vez en cuando paseaba su vista por pequeñas lagunas donde pululaban pececillos, reposando los ojos cansados de escudriñar el terreno en busca del color oscuro de la elusiva tierra.

En el rojizo fondo de una charca identificó la arcilla que usaba para pipas ceremoniales y silbatos largos, piezas delicadas que requerían secarse sin grietas. Levantó con mucho cuidado la capa de barro; hizo unos pequeños ladrillos y los puso a secar al sol. A su regreso los recogería; nadie sería capaz de tomarlo, todos sabían que únicamente él usaba barro colorado para modelar algunos utensilios.

A media mañana se le ocurrió cruzar el pequeño caudal hacia un alto paredón. No le habían fallado los cálculos, a la altura de sus ojos estaba una gruesa capa del precioso

material, denso, obscuro, compacto, a una brazada del piso. A lo lejos, nubes cerradas, negras, iluminadas por los relámpagos, indicaban que una tormenta estaba cayendo en la serranía donde el Tetamuchala brotaba como un arroyuelo.

Calculó que para las últimas horas de la tarde la correntada llegaría con fuerza bastante para llevarse el preciado banco de la substancia que con tanto afán había buscado muchos días. Mori no quiso perder tiempo; la veta era angosta, de media brazada y dos palmos de alta. Sacó sus herramientas y comenzó a escarbar la veta que se internaba horizontalmente hacia la ribera maciza; Mori trabajaba concentrado, no quería dejar una pulgarada de la esquiva greda.

Entusiasmado por la fina calidad del material, desdeñó el peligro, imaginando ya los recipientes, la forma, los colores y el esgrafiado que tendrían. Se introdujo temerariamente hasta el fondo del hueco, que tenía ya tres brazadas de profundidad. Falto de apuntalamiento, el techo de la cueva, aluvión puro, cedió de repente.

El último pensamiento de Mori fue para los montones de arcilla que había sacado y que por la noche fueron arrastradas por la violenta riada. No quedó ninguna señal.

Setecientos años después, una parte del paredón cayó a las broncas aguas del río descubriendo un deleznable esqueleto, simple residuo de cal, pero que conservaba la fuerte dentadura, el amuleto de concha y sus amadas herramientas.

EL JUGADOR DE ULAMA

Buenos días, amigo; se nota que no es de estos rumbos, digo, por la ropa. Se ve cansado; siéntese a la sombra de este macapule y échese un trago de agua fresca, acabo de llenar mi buli en la corriente, ahí en ese remanso rodeado de grandes álamos. ¡Qué hermosos! ¿Verdad?

Caray, no me he presentado. Soy Musucoba, el Jugador de Ulama. Si tiene calor y quiere bañarse, puede hacerlo cerca de aquella mancha de vinoramas, acá no porque es el lugar donde las familias sacan agua para beber.

Como le digo, me llaman Musucoba El Jugador de Ulama; soy también guerrero de la tribu de los guasaves, gente apacible, que siembra maíz, frijol, calabaza y chiles en la vega de este río que ya ve, ahorita trae poco caudal pero en tiempo de lluvias provoca unas inundaciones que no lo quiera ver. Vivimos vigilando nuestros campos. Los hemos cercado, los cuidamos con amorosa dedicación y recogemos numerosos frutos de las tierras fértiles y planas que rodean la comunidad.

Pero no se equivoque usted como muchas tribus de lejos y algunas de cerca; ellos ya aprendieron: defendemos lo nuestro con ferocidad. También por eso nos respetan.

Como le digo, soy jugador de ulama, una actividad que implica sacrificio y dedicación; diariamente entrenamos; nos enfrentamos a nuestros hermanos de tribu para tener destreza y triunfar sobre los equipos de otros pueblos del territorio que, por cierto, tiene muchas jornadas de extensión, corriente arriba y hacia el mar; por esta ribera se llega al gran río donde viven los tehuecos y por la otra banda hasta los cerros que desde aquí ni siquiera alcanzan a mirarse.

La ulama es un juego difícil, no crea que es sólo mandar esa bola de hulli, tan pesada, para que se vaya derechita y pegue dentro del campo que llamamos tasti. Le quiero aclarar que aquí golpeamos la pelota solamente con el antebrazo, aunque en las regiones del sur se le pega también con la cadera. El tasti, mírelo, tiene más de cien pasos y sólo una brazada de ancho, si hace la lucha de dirigir la pelota verá que es bastante difícil. Yo soy un “topador”, es decir el encargado de recibir y devolver la bola cuando el contrario inicia la jugada. Lo hago cerca del analco, la línea media del campo, donde la bola llega con más fuerza.

Lo más probable es que no conozca el juego, porque usted parece de otras tierras; pero se lo voy a explicar: no cualquiera juega ulama. La pelota es hulli, dura como piedra, más o menos del tamaño de la cabeza de un niño pequeñito. Se tiene que golpear con el antebrazo antes que bote dos veces; en ocasiones apenas la alcanzamos cuando ya va a pegar en la tierra. Mire cómo tengo la piel, encallecida y cruzada de cicatrices.

Todos respetamos mucho nuestras reglas porque vienen de nuestros antepasados. Quiero que sepa que la ulama no

es sólo un juego, es un rito de fertilidad para la tierra y para las mujeres. Todos los años se hace una gran jugada en el Lugar Sagrado, aquí cerquita, junto a un recodo del río, donde hay túmulos funerarios. Hace muchísimas lunas ahí vivían, con otras costumbres y con otros modos de pensar, los abuelos de los abuelos. Yo puedo ir porque soy jugador de ulama.

A veces caminando por el Lugar Sagrado encontramos pequeñas vasijitas, malacates para hilar, puntas de flecha, huecesillos y conchas labradas; les tenemos gran aprecio porque son objetos que dejaron nuestros mayores, quienes antes moraban en estas tierras y sabían trabajar el barro, la concha, la piedra y el hueso.

La ulama no es solamente un juego, es un ritual, es una ceremonia propiciatoria para que nuestros antepasados nos protejan, den fuerza a la tierra, ayuden a triunfar en las guerras con otras tribus, den fecundidad a la siembra y a nuestras compañeras.

Creemos en el espíritu del aire, de los árboles, del río y del sol, de la luna y el rayo. Son fuerzas. Poderes que están por encima de nosotros, por eso bailamos pajcola ante los restos de quienes vivieron antes que nosotros y tienen poder para comunicarse con Bari-Sehua (Flor Mojada), el Venadito Recién Parido, y con el trueno cuyo aliento es el aire.

También danzamos antes de cada juego para ofrecérselo a los espíritus poderosos.

Perdone que lo deje tan pronto; voy rumbo a la casa de mi compañero Tetacoba, tiene quebrado un hueso de la cadera, jamás volverá a jugar ulama y, creo que tampoco caminará.

Quiso jugar como lo hacen al sur, dándole con la cadera al hulli, pero calculó mal y se quebró. Lo trajimos cargando entre todos desde Bacamopa, en las sierra del río de los

Muertos donde se juega la ulama de cadera, él quiso presumir ante la cacica de aquellas tierras. Es joven y muy guapa, pero no tanto como para dejar de jugar ulama para siempre por andar quedando bien con ella.

Quiero decirle que aquí las mujeres no asisten a los juegos. Pero la verdad es que lo admiran mucho a uno; ya sabe usted cómo son ellas, les atrae la musculatura y el arrojo de nosotros los hombres.

Nos vemos, amigo; si se queda por aquí algún tiempo tal vez le toque ver los juegos grandes; y recuerde, la ulama es la vida del jugador, no importa no ser guerrero, no importa no ser buen cazador, no importa tener mala suerte al sembrar o al recolectar frutos silvestres. Si eres bueno para la ulama basta para ser feliz y respetado en la comunidad. Cuando me preguntan quién soy, orgullosamente digo: Yo soy Musucoba el Jugador de Ulama.

PESCADORES

Cada año, después de la cosecha, como hay poco qué hacer en el pueblo, un buen grupo de gentes de la tribu nos desplazamos a la orilla del mar, a pescar. Así obtenemos una buena provisión para los meses de frío, cuando se dejan venir esas equipatas enfadasas que no lo dejan a uno salir de cacería. Como a veces casi completamos las dos lunas por allá en el campamento, nos acompañan algunas de nuestras mujeres para que nos asistan y, la mera verdad, para no estar solos mirándonos la cara uno a otro.

En una de esas temporadas pasó lo que les voy a contar. Una noche, cuando toda la bola de pescadores estábamos alrededor de un tronco de mezquite que nos daba buena lumbre, comenzamos a contar nuestras historias; ya saben, un poco exageradas, pero hasta ahí.

Entonces Eeye, el Hormiga, nos contó lo que le pasó en un yacimiento de ostiones: Dijo que una vez, siguiendo a un animal, creo que mapache o tacuache, no me acuerdo muy bien, se fue metiendo en unos manglares del rumbo de Babarasa; no

estoy muy seguro el lugar porque ya teníamos mucho sueño, pero era ahí cerca de donde teníamos el campamento. El caso es que llegó a un placer de ostiones de lo más grande que se haya visto en la vida, así eran los ostionsotes, bueno, cómo estaría la cosa que las raíces de los mangles parecían troncos de macapule. El animalito nomás metía las manitas en el agua y las sacaba llenas de ostiones y los tiraba para la orilla hasta que Eeye se cansó de llenar costales y más costales pero, según esto, estaban tan pesados que los tuvo que dejar escondidos y cuando regresó con ayuda no pudieron encontrar el camino.

Todos nos reímos de las mentirotas del Hormiga, y seguimos contando cuentos de aparecidos y otras pláticas de hombres ociosos.

Ahí hubiera terminado la cosa, pero Hubris, el marido de mi hermana Tosalimisi, se quedó muy pensativo y luego se levantó y me hizo una seña llamándome a lo solo; cuando llegué me dijo:

— “Tzíquili, todas las noches he visto un tacuache bien grande que se mete en aquellos choyales. Se me hace que va a donde están los ostiones de Eeye”.

— “Pos ahí tu sabes”, le dije; “yo me voy a acostar; mañana tenemos que ir a poner los babahuis para la pesca y no me gusta andar desvelado”.

N’hombre, pensé, se va a espinar hasta en las verijas por andar creyendo los cuentos de Eeye.

En la madrugada, las mujeres se pusieron a tortear y a tatemar las lizetas del bastimento. Era una mañanita bien bonita. Entonces llegó Hubris. Y, tal como lo pensé, venía todo espinado de choyas. Mi hermana, que estaba moliendo maíz en aquel metatito plano que tenía, nomás al verlo comenzó a meniar la cabeza. Parecía que lo hubiera picoteado

un panal de bitachis completo; todo boludo de la cara, los brazos, las piernas; un desastre. Me dio lástima pero pensé: ¡ái tiene, pa' que se le quite lo pendejo y no siga creyendo cuentos de pescadores.

Todos fuimos a poner los babahuis. No les he dicho cómo son ¿verdad? Son trampas pa' pescar: si' hace una pequeña palizada cerrando un brazo angosto de cualquier estero; se le deja una entrada estrecha, pa' q' entren los animalitos, y entonces la tapamos. Después, arrojamos al agua el contenido de varios costales de unas hojas que crecen en la orilla del río, creo que se llama barbasco. Hay que machacarlas bien. Los pescados mueren casi en seguida y se recogen sin dificultad con las redes de cuero de venado, el veneno los mata pero no causa ningún daño a los animales de la tierra y tampoco a las gentes.

El brazo del estero que escogimos era casi un túnel formado por las tupidas copas del manglar que juntaban, de lado a lado, sus hojas vidriadas, color verde oscuro. Había que esperar a que la marea subiera y ya que calculáramos que estaba lleno de pescados, tapar la pasada con carrizos y brazos de mangle.

Mientras mis compañeros se tendieron a descansar a la sombra de unos mezquites, esperando que la pesca entrara en la trampa, yo me fui por una vereda, medio escondida, a donde está el ostional que andaba buscando Hubris. En mis andanzas de niño huérfano había explorado muchas veces ese yacimiento donde deveras que los ostiones son bien grandes, bien llegados, llenos de carne y rete sabrosos. La marea estaba en punto muerto y no había corriente alguna, así que me metí al agua cruzando a pie firme el canal marino que tendría a lo más unos setenta pasos y pude llegar, sin muchos trabajos, al mentado yacimiento. Casi sin hacer ruido arranqué unos cuatrocientos, los metí en los sacos de ixtle que llevaba y

dejando los sacos sumergidos en el agua para que no se murieran, me vine a sacar pescado con los demás.

En la noche fui a la casa de Hubris; seguía todo hinchado de las espinadas. Nomás por puntada le dije:

—“Te invito a buscar ostiones”.

No lo van a creer, pero solamente me dijo:

—“Deja avisarle a Tosalimisi. Se va a preocupar si no vengo luego”.— Tenía los mentados ostiones metidos entre ceja y ceja. Parecía vieja panzona con antojo.

El yacimiento no está lejos; el trabajo es encontrar el camino y luego saber cómo hay que pasar el brazo de mar; cualquiera se pierde, contimás en la noche. De seguro va a dar a los choyales; pero yo no porque me crié en esas marismas y las conozco como si fueran la palma de mi mano. Regresamos pronto, cada uno con dos sacotes llenos de ostiones y todavía tuvimos tiempo para echar otro viaje. Ni contarles del revuelo que se armó en el campamento nomás amaneció y vieron los cuatro sacos. Desde entonces, todos los años, cuando hacemos campamento, Hubris es el que cuenta la historia de cómo siguió a un tacuache por entre las choyas para ir al criadero. Eeye nomás se queda mirándolo, muy pensativo y, a veces, en la madrugada, vemos que regresa todo espinado. Igual que Hubris cuando se metió al choyal.

YERBERITAS

Cuento en un acto

Ambiente: La escena se desarrolla en un sitio tranquilo a la orilla de un río donde hay muchas vinoramas florecidas. Árboles grandes a la izquierda: macapules y álamos. Un poco más lejos se ve un mezquite reverdecido; de sus brazos cuelgan las ramas de otra planta, muy verde y con pequeñas frutillas rojas y anaranjadas. Muchas plantas de diversas especies y variedades. Flores silvestres. Se escucha una gran algarabía de pajarillos. Un zenzontle canta cerca.

Personajes: dos jovencitas, hermanas. Pelo largo, trenzado o suelto. Visten una faldita de cuero que les llega a mitad del muslo; los pechos descubiertos; pulseras y collares de cuentas de obsidiana y piritita. Del cuello de ambas cuelga una pequeña concha.

ZUBAI, 14 años, rostro demasiado serio para su edad. Busca algo entre las yerbas del suelo. El calor estival perla

de sudor su frente. Trae del brazo un morral de ixtle lleno de yerbas.

TOTORI, 17 años, la hermana mayor, su actitud demuestra estar más interesada en coquetear con guerreros jóvenes y danzantes que aprender el oficio de la madre, que es yerbera y curandera. A sus pies está una canasta de palma. (El sol cae a plomo; las jóvenes están a la sombra de un frondoso árbol).

ZUBAI:

—Tenemos que llevarle a mamá las yerbas que está necesitando para curar a nuestro primo Tetacoba; arráncalas con cuidado, no maltrates las hojas para que no se pierda el juguito y todo pueda aprovecharse.

TOTORI:

—¡Hace mucho calor, Zubai! Estoy pensando que estaríamos más cómodas bañándonos en el río, sumergidas hasta el cuello en el agua... debe estar muy fresca a esta hora. No va a pasar nada si mamá espera un poquito.

ZUBAI:

-¿Crees que soy tonta? Se nota que quieres pasar toda la tarde chapoteando en el agua sin hacer nada. Que se te olvide. Es muy importante que encuentre las yerbas que nos encargó mamá, de eso vivimos...

TOTORI (Con marcado tono de desdén en la voz):

- No te enojas Zubai, eres mi hermana menor y hablas como si fueras mi abuela. No me digas qué debo hacer. Eres muy joven.

ZUBAI:

Sí, muy joven, muy joven (remedándola), pero siempre te saco de apuros. Nunca vas a aprender a curar si no te fijas dónde encontrar las plantas. Están dondequiera pero tienes que conocerlas. En el monte, en la orilla del río, en las

corrientes de agua y algunas crecen arriba de los árboles; también los hongos curan pero, si te equivocas, también matan.

TOTORI (con tono de disgusto en la voz):

—Ya deberías haberlo entendido: Quiero casarme y tener muchos niños. No me interesa aprender a curar con estos yerbajos apestosos. (Contando con los dedos). Que si el zorrillo para el catarro, que si la yerba-del-manso para los golpes, que si los pelos de elote para el maldeorín, que si la... para el dolor de huesos. ¿Con qué se cura el dolor de huesos Zubai? Estoy harta. (Da una patadita al suelo) ¿Entiendes?: ¡harta! (Con tono desesperado).

ZUBAI:

—Eres muy linda Totori, los jóvenes te admiran pero nadie quiere casarse contigo por cabeza hueca. No distingues un zanate de un gorrión; además, nunca has hecho el menor esfuerzo por superarte. Tienes que conocer las enfermedades, aprender a curar a las personas, mezclar las yerbas y saber emplearlas. Mamá nos ha enseñado todo y no sabes curar siquiera una diarrea de los niños. (Totori no le presta gran atención, se acerca a un lugar muy poblado de plantas y apartando un arbusto se inclina a recoger algo)

TOTORI:

—Hey Zubai, ven; aquí está una mancha de estas flores que nos encargó mamá. Fíjate, sí sé distinguirlas, no soy tan ignorante como crees. (Corta una y se la coloca en el pelo con coquetería).

ZUBAI:

—Sí, pero no sabes para qué sirven. Para tu conocimiento quiero decirte que son para curar la tos y el oguido del pecho; tatemadas o remoliditas saben rico. También las puedes utilizar como aderezo para dar sabor a la comida. (Mien-

tras Zubai habla, Totori ha seguido buscando entre los arbustos, recoge unas plantas y las muestra.)

TOTORI:

—Mira, encontré las matitas tiernas que quiere mamá, cortaré un buen manojo para que la próxima semana no tengamos que venir de nuevo.

ZUBAI (Moviendo la cabeza con desaprobación):

—Es necesario usarlas frescas, boba. Ahora acércate. Con mucho cuidado arranca estas raíces. (Con tono doctoral) Es wereke, deben salir enteras, sirve para curar la sangre delgada; esto se sabe porque las hormigas se juntan al rededor de donde orina el enfermo. También cura la diarrea con sangre.

TOTORI (Se queda escuchando muy atenta):

—Shsst. No hagas ruido Zubai. No te muevas. Parece que por aquí anda un armadillo; creo que esta noche comeremos unos deliciosos tamales; le hablaré al viejo Coni para que los haga. Ji, ji, ya se que no le gustan las mujeres, sólo los hombres... pero es bueno como nadie para hacer tamalitos y dulces. Yo lo manejo requetebien.

ZUBAI (Hablando como si fuese una mujer de edad):

—No te burles Totori, Coni es una excelente persona y muy buen cliente de mamá; todos los días llega muy temprano para pedirle remedios. Ella dice que no tiene nada. Me parece que necesita que le den cariño; desde que murió su abuela está muy solitario.

TOTORI hace una mueca y ensaya unos pasitos como de hombre afeminado; después, acercándose a un agujero que hay en la tierra, mete la mano con cuidado y exclama con alegría:

—¡Te atrapé!

Inmediatamente lanza un agudo grito de dolor y con un violento ademán retira la mano del hueco. Trae prendida

una víbora de las llamadas “sordas” porque carecen de cascabel. Se tambalea. Zubai rápidamente se acerca, sujeta la serpiente y la azota contra un árbol. Recuesta a Totori en la arena y con un cuchillo de obsidiana que saca de su canasta hace dos cortes en el brazo de su hermana (sale sangre, muy roja); chupa y escupe el veneno varias veces. Saca un tubérculo del morral de Totori, mastica una porción y lo pone sobre la herida. Toma algunas yerbas de su canasta y la obliga a comerlas. Totori sufre algunas convulsiones pero se queda quieta respirando afanosamente. (Está muy asustada)

TOTORI (Gimoteando):

—¿Me voy a morir Zubai..?

ZUBAI (Le tiembla un poco la voz, pero contesta rápidamente, con cierto disgusto):

—No. Para eso te curé. Además era una víbora muy pequeña...

TOTORI:

—Tengo miedo Zubai. Me duele mucho todo el brazo.

ZUBAI:

—No tengas miedo hermanita. Tuviste suerte que hayamos encontrado estas yerbas contra la ponzoña de víbora. Te va a doler pero es todo.

TOTORI (Ya sin llorar):

—Zubai, ¿podré tomar parte en las danzas al iniciar el verano?

ZUBAI (Sigue con tono de enojo):

—Ni lo pienses. Cuando la luna esté llena te van doler todos los huesos, así que olvídate de fiestas.

TOTORI:

—Ay Zubai, ¿qué voy a hacer...?

ZUBAI:

—Ponte a trabajar. En aquel mezquite grandote hay mu-

cho tójil, corta una buena cantidad; llena el morralito amarillo. Es para el niño de Zíquili, tiene mucha diarrea, llévaselo y dile que lo hierva en agua y el tecito se lo dé como agua de uso. Para mañana se le va a quitar su mal. ¡Ah! y que no lo deje comer tierra.

TOTORI: Se le queda mirando, ofendida.

ZUBAI: La abraza y poniéndose seria dice:

—Totori: De aquí en adelante, jamás confundas la cola de una víbora con el rabo de un armadillo.

TELON.

LUTO EN LA TRIBU

Relato-ficción

Siete veces, siete danzantes formaron un círculo rodeando el túmulo mortuorio donde yacía Maáchil vestido con una túnica de algodón color naranja. Bailaban el pajcola haciendo sonar con vibrante repiqueteo sus tenábaris, cientos de crisálidas secas, atadas a las piernas, que se escuchaban como furiosas vívoras de cascabel. Veinte pezuñas de venado colgaban de los cinturones de piel de jabalí; en los movimientos de la danza las pulidas pezuñas entrechocaban, chasqueteando como castañuelas. Los danzantes usaban, para marcar el ritmo, un par de sonajas de ayale, esféricas y duras, que sonaban como si alguien chistara.

Cantores de la tribu, con rostros atezados, arrugados, curtidos por la intemperie como cuero de venado puesto al sol, entonaban en su lengua cargada de esdrújulas, las armoniosas letanías de la liturgia fúnebre cahita y golpeaban, con dedos rígidos, la redonda mitad de una jícara que flo-

taba en agua generando un sonido hueco, lúgubre, como un eco del tambor cuyo parche, cuero crudo de gato montés, marcaba los pasos de la danza. El sonido monótono resaltaba en la noche tranquila.

Ardían las hogueras con leña de mezquite y en los braseros se quemaba resina de copal cuyo aromático efluvio se mezclaba con el fuerte humo del tabaco machucho con que los jefes tribales retacaban sus pipas de hueso. De cuclillas junto al cadáver de Maáchil contaban, con voces cascadas, las hazañas del difunto, su destreza para cazar y su valentía en el combate. Los guerreros honraban sus restos mortales.

Maáchil había perecido luchando contra un puma que atacaba al poblado. Los hijos pequeños de Maáchil resistían al cansancio, engalanados y estoicos al pie del catafalco, junto a Totori, la esposa.

Cuando sus compañeros entregaron el ensangrentado cuerpo de su marido, ella, revolcándose sobre la tierra suelta aulló de dolor hasta quedar exhausta, sostenida a medias por su abuela, vieja sabia que le dio a beber un cocimiento con que calmó sus nervios. Totori, en un sereno estupor, masticaba lentamente un trozo de raíz parduzca. Su madre guardaba la extraña planta hipnótica entre las hojas, cortezas y yerbas de su acopio herbolario.

Rojo y embriagante, el fuerte licor de pitaya fermentada había sido consumido durante toda la noche por familiares y amigos que, al despuntar el sol, levantaron el cuerpo de Maáchil para conducirlo a su última morada rumbo al oriente.

Tzíquili, su hermano de crianza y los representantes de diferentes actividades del pueblo: agricultores, jugadores de ulama, guerreros, tejedores y alfareros, cargaron el cuerpo siguiendo a un grupo de plañideras que caminaban a la cabeza del cortejo lanzando alaridos de doloroso llanto.

Hermanas y primas de Maáchil los rodeaban llevando cuencos de fina cerámica color rojo-naranja decorados con dibujos rituales color ocre, blanco y negro; contenían los alimentos básicos del pueblo cahita: tortillas, maíz, quelites, frijol, tomate, chile, calabazas y carne de iguana, conejo, liebre, venado y jabalí.

Al final del grupo, las doncellas de la tribu, vestidas con largos trajes de algodón blanco, portaban otras ofrendas en pequeños tazones primorosamente pintados cuyos bordes lucían grecas blancas y rojas. Pescado, ostiones, huevos, palomas, tamales, calabaza cocida, pencas de mezcal, camotes, aguamas, capomos, pitayas, agua de chíá, zapotes, cacaraguas, bebelamas, pinole, cacahuates, macapules, papachis, guayparimes, guamúchiles, chiquelites, tunas, uvalamas y cuajilotes colmaban los recipientes. Serían puestos a los pies del yacente.

Maáchil había traído de tierras lejanas un vaso de transparente alabastro que fue llenado con el licor preferido del jefe una vez que en la mano izquierda colocaron la fina pipa de barro que Yoricoba, el alfarero, hizo con cariño, último regalo para su amigo. Sobre la cabeza del difunto colocaron una máscara de cerámica pintada de vivos colores cuya nariz protuberante semejaba la cabeza de un loro y lo adornaron con collares de cobre y jade. Por último, colocaron en su mano un arco tensado y siete flechas de caza. Maáchil estaba preparado para su viaje a la eternidad.

Excavada la fosa sobre el antiguo lecho del río, Tzíquili, su hermano de crianza, retiró del brazo la concha labrada, símbolo del rango; después de colocarla con reverencia sobre el pecho del muerto, rodeó su tobillo derecho con una sarta de ochenta cascabeles de cobre. Si no hubiese sido un jefe de la tribu, lo habrían puesto dentro de una gran urna de barro coci-

do, en posición fetal, inhumándolo al norte del poblado pero, conforme a su investidura, fue sepultado horizontalmente, en el centro mismo del Lugar Sagrado, con la cabeza dirigida hacia donde se oculta el sol mientras toda la tribu entonaba el canto ritual de los muertos. Cuando los últimos puñados de tierra caían sobre el sepulcro, se escuchó a lo lejos el sordo rugido de un puma moribundo cuyos postreros alientos escapaban por la herida causada por un cuchillo de negra obsidiana, clavado profundamente en sus entrañas.

SEGUNDA PARTE
DE VARIADOS TEMAS

EN LA SELVA

Un sudor pegajoso mojaba su camisa. Diego aspiró el olor a moho y sintió, más que ver, los monos y culebras y cacatúas y multicolores pájaros: miríadas de criaturas exóticas, cuya morada es la invisible copa de los árboles. «Olor a selva ecuatorial», se dijo mientras reproducía mentalmente las huellas de incontables alimañas que cruzaban el suelo cenagoso.

Sin que la mano del hombre tocara la rama, ésta se movió. Una anaconda... el dibujo de la serpiente pareció deslizarse frente a él. Hipnotizado, imaginó cómo los poderosos anillos podían cerrarse con titánica fuerza sobre su pecho mientras escuchaba, ¿escuchaba? el reclamo imperioso de un enorme felino en celo que, trepado sobre un grueso tronco, retaba a sus rivales reclamando las hembras. ¿Qué importancia tenía su sed de riqueza ahí, en ese universo irreal donde la caoba, el ébano, el cedro, el palo de rosa, crecían gigantescos, sin esperanza de traerlos a este otro mundo, a la civilización? Miró sus uñas cuidadosamente manicuradas.

Su respiración se hizo dificultosa. ¡Su sombrero! Se-

guramente lo había dejado en casa de Nereu Bandeiro, excelente guía y fiel amigo que siempre le había advertido los mortales peligros de internarse solo en la selva. En esos momentos andaría buscándolo afanosamente, desesperado; presionado por su madre y sus hermanas. Temblorosa, su mano apartó del rostro la nube de mosquitos que lo acosaban.

Ese ruido lejano...¿el mar? ¡Tambores! Tambores formados con pieles de jaguar cubriendo troncos ahuecados; tambores golpeados con fémures humanos en rito ceremonial donde los pigmeos sahumarían sus largas cerbatanas, mojarían en curare los pequeños dardos y después de pintarse cuerpo y rostro con savia de orquídea, saldrían sigilosos, mortales, implacables, tras la pieza a cobrar. “Cazadores de cabezas” dijo con un susurro, imaginando, lúcido, su propia cabeza ennegrecida, aceitosa, pequeña como una naranja, vendida en el mercado de Manaos.

Sonriendo con amarga ironía, se encogió de hombros pero, absorto en sus pensamientos, no advirtió el amortiguado sonido de pasos que se acercaban a sus espaldas hasta que estuvieron demasiado cerca para huir. Sus cabellos se erizaron cuando escuchó el agudo grito. Una de sus hermanas lo sorprendió en su escondite y le ordenó con rabia: ¡Diego, ven a cenar! Cerró su libro de cuentos y, de mala gana, se levantó del mullido sillón.

CALIENTA LA CENA

Víctor entró a su oficina y aflojó el nudo de su corbata. Venía de una emotiva ceremonia donde había recibido un prestigioso premio por sus trabajos científicos. El texto del pergamino era breve: "La Fundación Pierre Michaud-Mahieux otorga el premio "Enrico Fermi" al Dr. Víctor de Barenho por su valiosa aportación a las investigaciones sobre el comportamiento de la partícula b del radiosótomo Bismuto 214". Presidente: Ettiene Mahieux.

Durante la ceremonia, había visto profunda satisfacción en Jorge, el mayor de sus hijos y lágrimas de orgullo en los ojos de Silvia, su joven nuera. La ausencia de Paulo, su otro hijo, médico epidemiólogo, estaba plenamente justificada; tenía casi siete semanas en en la cuenca del Papaloapan auxiliando una zona devastada por inundaciones. Lydia, su esposa, no asistió. Tenían treinta años de casados y nunca había logrado predecir sus extrañas actitudes. Movi6 suavemente la cabeza mientras una sonrisa fugaz bailote6 en sus labios.

Debía escribir a la Fundación una carta de agradecimien-

to. El cheque del premio tenía una cifra con cinco ceros. Redactó cuidadosamente una breve nota y tomó una decisión largamente aplazada: se tomaría un tiempo para visitar las cavernas de San Joaquín en la Baja California. Había terminado un libro sobre los petroglifos encontrados en esa región sosteniendo la hipótesis, que los dibujos no eran signos religiosos sino manifestaciones estéticas de las culturas prehistóricas de la vertiente del Pacífico. Después de revisar el manuscrito, su editor ya había programado la impresión.

Fuera de su oficina lo esperaban varios alumnos de postgrado. Gina, una esbelta italiana que investigaba relaciones tribales en el Senegal, lo felicitó. Víctor la sintió agradablemente afectuosa.

—Doctor, queremos asistir a su conferencia donde disertará sobre la convergencia del diseño artístico de los petroglifos bajacalifornianos y la conceptualización estética de Benedetto Croce. Administración dice que ya no hay cupo pues el aforo de inscripciones ha sido muy alto. ¿Podría usted solucionarnos el problema?

—Claro que sí, Maestra; la Dirección Administrativa designó inicialmente el aula 47 para el evento, pediré que se cambie al auditorio “C”, así podrán asistir ustedes.— Las acentuadas y finas facciones de Gina se iluminaron. Dentro de tres meses ella presentaría su examen para doctorarse en Picosociología.

Otro investigador, un físico-matemático de barba recortada cuidadosamente, intervino:

—Otra petición, Doctor. Varios participantes en el curso de Física Cuántica desean integrarse al equipo que abrirá una nueva línea de investigaciones sobre la teoría ondulatoria de la luz.

—Gracias. Usted sabe que no soy especialista en Óptica,

pero recomendaré su proyecto ante el Consejo Directivo. Venga mañana, hablaremos con algunos colegas que simpatizan con su trabajo; le prometo hacer mi mejor esfuerzo para que Rectoría los apoye.

Bajó tranquilamente la escalinata. Regresaría a pie a casa; la noche todavía estaba fresca y el departamento de su hijo quedaba por el camino. No tenía muchos deseos de regresar temprano, así que aceptó el café que le ofreció su nuera; luego conversaron telefónicamente con Paulo.

Al pedirle asesoría para su tesis magistral, Jorge lo había sumergido en el mundo del Cobalto 214. En ese tiempo Víctor, investigador acucioso y disciplinado, orientaba sus estudios hacia otras áreas de la radiactividad pero pronto le apasionó el problema. Su descubrimiento sobre la partícula beta que le valió el premio Enrico Fermi era sólo un hito en el largo camino por recorrer. El MIT se había comunicado ofreciéndole apoyo y la Universidad de California lo había nominado en la terna de candidatos a la medalla Joliot-Curie.

Al abrir la puerta de su casa se sacudió de la mente el recuerdo de la linda Gina D'Arezzo, gimnasta olímpica y psicóloga de gran talento. Una diminuta y graciosa muñeca dotada de cerebro electrónico; bella mujer, excepcionalmente inteligente, peligrosamente atractiva y sin duda, disponible.

Su esposa, jamás había realizado esfuerzos visibles para mejorar una condición intelectual que cada día se retrasaba más y más con relación a los avances académicos de su marido y de sus hijos. En este contexto, su falta de objetividad le había impedido aceptar que el descuido personal, y su desmedida afición a las frituras, habían hecho desaparecer, desde hacía muchos años, la grácil y atractiva figura que la llevó a participar en un concurso de belleza nacional. Siguió siendo desordenada y caprichosa. Víctor, hombre forjado en una familia

afectuosa donde, por generaciones, imperaban tolerantes normas de gentileza y generosidad lamentaba que su mujer no hubiese podido asimilar al proyecto de hogar que él había concebido.

Sobre el refrigerador encontró un recado de Lydia: “Vic, No pude ir al asunto ese de la Universidad. Ya sabes que los martes tengo jugada de canasta y si faltó las compañeras se enojan. Volveré tarde. Calienta la cena si quieres y no se te olvide lavar los platos sucios...”

De pie, ante la chimenea apagada, Víctor tomó una botella de brandy, se sirvió un trago y aceptó con plena conciencia una imagen obsesiva, insistente, que le había perseguido toda la tarde: la armoniosa figura de Gina y sus expresivos ojos azules donde brillaba una constelación de promesas.

EL QUIRRI

El Quirri es un cotorrito que llegó a este hogar como fresco aire de primavera, adoptó como propia a nuestra familia, impuso sus condiciones y nosotros aceptamos su señorío. Vivimos, pues, bajo su protección.

Físicamente el Quirri es idéntico a cualquier otro perico: verde, pequeñín, terco y escandaloso; pero siendo vagabundo y por lo tanto pícaro como pocos, tiene una descarada personalidad cuya simpatía se derrama como aroma de jazmines. Convive en armonía (casi) perfecta con una niña, cuatro jóvenes y nuestro zoológico particular: peces, hamsters, periquitos australianos, varias lagartijas; una perra lanuda, color caoba, zalamera e histérica, que se hace llamar Silja y dos gatas: Tomasa, negrísima (que ya perdió la esperanza de merendarse al insolente pajarraco verde) y Callejera, todavía cachorra, de suave pelo amarillo que lo tolera de mala gana.

Nuestro perico, que de alguna manera hemos de calificarlo, no canta, ni silba, ni hace imitaciones; es más, ni siquiera dice palabrotas como todo loro que se respete. Tie-

ne un repertorio lingüístico muy limitado, pero debo reconocer que es todo un maestro para comunicarse: ladea su pequeña cabeza, ejecuta tres reverencias exquisitamente japonesas y lanza una mirada de suficiencia antes de pronunciar alguna de las pocas palabras que quiso aprender. No hemos podido convencerlo de que un perico verdaderamente gracioso debe hablar. Le importa un pito de calabaza lo que pensemos. El muy pillo sabe muy bien que su presencia basta para cambiar cualquier opinión que contrarie sus ideas personales.

Como Julio César, llegó, vio y se echó a la bolsa a todo mundo; quien lo dude venga y véalo cuando sale al portal de la casa después de llover; se mete, como chamaco travieso en cada uno de los charquillos del piso y, poniéndose donde todavía esté cayendo agua de los techos, recibe deliciosos baños de regadera. No sería una gran sorpresa que algún día, levantando sus alitas, entonara una alegre canción. Es un perico que de veras disfruta de los sencillos placeres de la vida. Nuestro perico tiene recortadas sus plumitas para que no vuele; precaución inútil pues sabemos se desplaza con absoluta libertad. El día que se le antoje se irá en autobús, bicicleta, avión, barco o simplemente caminando; opinión compartida por todos quienes gozamos de su amistad.

El Quirri es ordinariamente manso y dócil, pero cuando amanece con “la luna” o simplemente se disgusta por alguna secreta razón, se mantiene ofendido toda la mañana. Si usted se le acerca, lanza un chillido iracundo y, con evidente descortesía, da la espalda sin más explicaciones. Personalidad sólida, pues.

El inquieto Quirri tiene una profunda vocación de explorador. Cierta día, muy temprano notamos su ausencia. ¡Nadie vio al Quirri en todo el día! al caer la tarde habíamos aban-

donado toda esperanza, la niña comenzó a moquear, las mujeres pusieron cara larga, los jóvenes se quedaron muy serios. Cuando menos esperábamos, vimos avanzar por el centro del corredor, evidentemente sin intenciones de dar explicación alguna, un pequeño bultito verde con paso de abarrotero español regresando muy orondo después investigar e inspeccionar sus negocios. Ni más ni menos parecía que de pronto sacaría un puro y, lanzando bocanadas de humo, regañarnos por estar holgazaneando.

No mucho tiempo después desapareció de nuevo. Se le buscó cielo, mar y tierra, incluido el gran patio de la casa vecina donde crecen arbustos y enredaderas los cuales fueron inspeccionados, uno a uno, por el numeroso Grupo de Niños Voluntarios Especialistas en Buscar Pericos Perdidos, (Institución No Lucrativa), contratado para dar con su paradero: ¡Nada!; preguntamos en las tiendas del piso bajo: ¡Nada!; en la farmacia de al lado: ¡Nada!; en fin, batimos la selva: ¡Nada! ¿Saben dónde estaba? Debajo de un sillón. El muy pícaro se quedó calladito mientras nos desgañitábamos gritándole. Después de varias horas salió ¡Exigiendo comida a gritos! Digan si no es una plaga verdadera. Estoy seguro que si no lo quisiéramos él se querría solo.

No exagero si afirmo que se metió para siempre en el corazón de chicos y grandes por su dulzura al demostrar afecto; cuando se pone cariñoso te mordisquea los dedos con amorosa suavidad y da unos besitos de lo más delicioso. ¡Lo vieran ustedes cuando, bien aferrado a la mano, alguien lo pone cerca de su pecho! Recuesta su cabecita y cierra los ojos graznando con ternura; ni más ni menos que un amoroso bebito. ¡Los reto a que conozcan al Quirri y no queden prendados del sinvergüenza plumífero!

Mi madre tiene especialmente malcriado y mimado al verde monigote; le da de comer granos de elote, que ha de ser bien tierno, semillas de girasol y calabaza, sorgo, maíz, pepino en cuadritos, tomatito picado; bueno, cómo andará la cosa que hasta los cacahuates se los da sin cáscara. Cualquiera día, cuando menos lo esperemos, el famoso Quirri exigirá caviar y langosta. Así es de cínico. Odioso. No es un animal, es otro (exigente) miembro de la familia.

No todo ha sido delicia en la vida del Quirri. Hace unos meses ¡lo secuestraron! Los hechos, según un testigo presencial, arrojan toda la culpa sobre el descuidado perico que tuvo la ocurrencia de pasearse sobre la acera de nuestro hogar a la hora de mayor tráfico, lanzando airados graznidos a cuanta persona acertó cruzar por su camino. Alguien pues, se prendó de él y se lo llevó.

Todos lo buscamos afanosamente con la secreta esperanza que se le hubiese ocurrido alguna de sus numerosas y constantes travesuras. Nada. Llegó la noche y su percha siguió vacía, los gritos exigiendo comida no resonaron ni lo vimos trepar por el cordón de las cortinas del frente para mordisquear el olán que las remata.

Otro día, en el programa radiofónico que papá conduce pidió al público radioescucha que si alguien podía darnos algún dato para recuperar al Quirri, toda una familia estaría agradecida. No tardó en llegar un discreto telefonazo para denunciar que en la colonia La Piedrera (distante cerca de tres kilómetros de casa) una señora había llegado a su casa con un nuevo perico cuyas características coincidían con el desaparecido cotorro.

Se montó inmediatamente un impresionante operativo para recobrarlo. No fue fácil conseguir que lo devolvieran; la señora se encaprichó con el verde atorrante y fue necesario

compensarla dándole un fuerte rescate (le fueron entregados una pareja de periquitos australianos y un canario con todo y su jaula) para que el Quirri fuese devuelto sano y salvo.

No quiero que se me olvide contarles que cuando llega la tarde, baja de su percha, sale de entre las macetas o abandona alguno de sus mil escondrijos y, con un paso que envidiaría Cantinflas, regresa a su recámara, que incidentalmente es también la de mi abuelita, para dormir con toda tranquilidad después de un día venturoso y productivo.

Al Quirri le encanta pasear por las tardes en el automóvil familiar, pero si no está disponible jamás se hace de la boca chiquita, acepta salir hasta en bicicleta. Bien prendido del hombro del tripulante del vehículo va dando sus precisas instrucciones, quejándose de todo, criticando a quien no es de su agrado, queriendo besar a todas las muchachas y diciendo adiós a quien encuentra a lo largo del camino excepto a los perros, que por razones bien fundamentadas no traga ni con miel de Alcarria. La algarabía que arma se escucha, estoy seguro, hasta los confines del universo.

Antes de terminar debo hacer un justo reconocimiento: el Quirri no es nuestro... nosotros le pertenecemos y le hemos entregado, incondicionalmente, todo nuestro corazón.

UNA HISTORIA DE AMOR

La primera vez que la vi, el amor floreció. Esbelta, no muy alta, de nariz fina y ojos color de avellana, cruzó el salón con paso decidido.

Jaime, el hombre que me había formado, que podía decirse me había hecho para el teatro, se adelantó hacia ella exhibiendo esa sonrisa franca y cordial que lo caracteriza y quiso transmitirme, pero que copiada en mis labios tenía menos fuerza humana y un imperceptible rastro irónico. La saludó con gesto afectuoso y, empujándome suavemente hacia el halo de suave fragancia que la rodeaba dijo con voz en que noté un ligero toque de orgullo:

—Carolina, te presento a Chick.— Sus dedos pulcros se deslizaron sobre mi mano con calidez satinada, como tantas veces habría de sentirla, amorosa sobre mi rostro, en los años venideros.

Pasamos juntos toda la tarde conversando con la gente que abarrotaba la galería de Jaime, quien exponía sus esculturas. Me presentó con amigos, ¿antiguos amores?, amigas, ¿an-

tiguas rivales?, gente de teatro, escritores, periodistas, poetas, pintores, músicos. Su representante paseó una mirada calculadora sobre mi rostro largo y melancólico, observando despectivamente la rebelde y abundante mata de pelo rojizo que lo adorna, mientras hablaba sin parar de cifras, contratos y porcentajes.

Nota discordante de la velada fue encontrarnos con Eduardo, su ex marido. Las palabras, que ella deseaba que fuesen agudas y mundanas, salieron balbuceantes de mi atemorizado interior al enfrentarme al odioso patán, vestido con ostentación y mal gusto; un empresario teatral de vulgar facha en quien ella había desperdiciado cuatro años de su vibrante juventud. Me pregunté, sin encontrar respuesta, cuánto habría sufrido tan fina y delicada mujer al compartir su vida, y su lecho, con tan animalesco rufián. Carolina, que a sus veintitrés años era como una brisa de atardecer tropical, se marchitó, se opacó en una fracción de segundo ante la presencia ominosa de aquel hombre que enarcando desdeñosamente las cejas, con hiriente sarcasmo se mofo de mi figura, de mi pobre traje, y de mi pronunciación imperfecta. En verdad mi atuendo era ridículo y mi dicción deficiente, pero la burlesca crítica del ogro hizo surgir la cólera que, nublando los ojos de Carolina, la llevó a tomar una decisión. Con gesto despectivo ignoró al zafio personaje y acarició mi barbilla con esa ternura que jamás ha faltado en su gesto, aun en los momentos más difíciles de nuestra unión, cuando mi presencia bloqueaba el camino que podía haberla conducido a las altas esferas sociales, a la opulencia económica, a la maternidad...

El desagradable encuentro con Eduardo perdió importancia con el hechizo de la tibia presencia de Carolina que, hermosa como un sol de primavera, rodeaba mi cuerpo con leve presión de su brazo blanco y terso. Trascendía entonces,

del fondo de mi ser, la esencia evocadora de umbrosas y aromáticas laderas pobladas de cedros y pinares; tranquilos parajes bordeados de murmurantes arroyuelos donde transcurrieron mis años juveniles. Aquellas horas marcaron para siempre mi destino.

Me llevó a su departamento y, pese a la profunda diferencia entre nuestras naturalezas, esa noche se inició nuestro idilio. Desde entonces jamás nos hemos separado. La pasión que inspira ella, la mujer más hermosa de la tierra, es tierna y profunda. Cambié. De monigote decorativo e inútil me convertí en compañero ideal; ella hizo el milagro y fuimos la pareja perfecta. Juntos recorrimos el mundo, de teatro en teatro, cosechando triunfos y fama. Yo he sido, en cierta forma, sólo su comparsa, pero mi sonrisa inescrutable, mi tez pálida, mi rostro aristocrático y por encima de todo una forma de hablar refinada y precisa, que revela profunda cultura, nos valieron aplausos y contratos.

En cada ciudad donde nos presentábamos llovían para Carolina invitaciones de hombres galantes, apuestos y acaudalados, que ella siempre rechazó con luminosa sonrisa y una frase que me henchía de felicidad: “Ya tengo un compañero que llena mi vida”, mientras acariciaba mi pelo con dedos suaves como pétalos de rosa. Por mi parte ¿cómo podría poner los ojos en otra mujer si Carolina es la única razón de mi ser, el aliento que me hace vivir y la esencia de mi espíritu? Ser suyo es poseer el universo entero.

Fue en la tercera gira que hicimos por Europa. ¿En Berlín?, ¿en París?, ¿en Bruselas? cuando supe que aquel sueño de amor terminaría un día no muy lejano. Un suceso aparentemente trivial me reveló que la fuente de nuestra felicidad estaba por agotarse: el piloto de carreras Karl Von Feldmann envió a Carolina un ramo de flores. Era un ramo grande, pero no de-

masiado; es más, ni siquiera era de flores exóticas. Simplemente un ramo como centenares recibidos durante años, aunque el correcto lenguaje de la tarjeta adjunta traslucía insinuaciones inquietantes.

Estaba yo dentro del clóset de Carolina y llegaron hasta mí con toda claridad las cínicas proposiciones del mundano as del volante, pero también la firme negativa de mi amante dueña... No se apagaba todavía el eco de la indecorosa invitación del junker cuando mi cruel invectiva salió, como torrente, hiriendo su corazón, lastimando su sensibilidad. Carolina lloró con amargura por mi injusta reclamación. Vimos entonces nuestras ataduras casi deshechas; la relación, irregular de por sí, mostraba grietas abismales y supimos con certeza que el final se acercaba.

Me reveló entonces el mar profundo de sus anhelos insatisfechos; lo dijo con dulce tristeza, con esa suavidad tan suya. A través de Jaime yo estaba enterado de su origen humilde y bien sabía de su esfuerzo por no abandonarse a la pandilla barriobajera, del sacrificio que implicaba haber obtenido un título universitario, pero ella jamás me había hablado de lo que sufrió en su prematuro matrimonio, frustrado por el egoísmo de Eduardo; de su feroz batalla por colocarse en las carteleras sin prostituirse a cambio de una oportunidad; su disciplina por perfeccionarse durante horas y horas de tediosa práctica día tras día. Meses, años de búsqueda desesperada hasta la desilusión, sostenida sólo por el orgullo y la confianza en su arte. Obstinada en triunfar por su propio mérito a pesar de su belleza y su hambre; resuelta firmemente a no venderse para lograr un rápido ascenso como ocurre a tantas artistas jóvenes. Nuestro encuentro, y su éxito arrollador conmigo a su lado, le había permitido reunir una pequeña pero sólida fortuna. Enfrentaba al futuro sin temores ni incertidumbres pero, mujer joven y

sensible, no aceptaba la idea de convertirse para siempre en una fría máquina de ganar dinero; quería formar un hogar, tener hijos y disfrutar tranquilamente de la vida; algo que yo no le podía dar porque había sido modelado para la farándula, para brillar entre candilejas, para generar y recibir aplausos. Mi sino, desde el momento de mi concepción, fue existir para el teatro.

Ese día prometió que si alguna vez encontraba un hombre que supiera hacerla feliz, abandonaría el teatro, se apartaría de mí y destruiría todo lo que le recordase nuestra vida juntos. Me lo juró con un temblor de angustia en sus largas y finas manos, con un espasmo de dolor anticipado en su rostro de líneas perfectas.

Meses después conoció a Ernesto y supe que el final había llegado. Soy, ¿cómo decirlo? Bien... físicamente más hermoso, pero él tiene una ruda y viril ternura de la cual yo carezco. Él es la estabilidad, el hogar, los hijos; es el final del viaje alrededor del mundo agotador y vacío. Le dará cuidado y protección como jamás hubiese podido hacerlo yo mismo. Es un hombre enamorado de Carolina y estoy seguro de que la amará hasta la muerte.

Estamos cumpliendo el pacto. Así lo decidimos. Esta noche vendrá Ernesto y ella aceptará ser su esposa. Toda la ternura y el amor que eran míos, desde hoy serán para él. Yo, solamente seré un recuerdo.

—Adios, Mister Chick— musitó con voz entrecortada depositando un largo beso en mi frente mientras sus dulces ojos se llenaron de lágrimas que corrieron amargas, hasta mi boca.

Estoy escuchando sus sollozos. Me desgarran el alma y me duelen más, mucho más, que las llamas que comienzan a devorar mi cuerpo mientras caen, alimentando el fuego que me envuelve, cientos de programas de teatro, brillantes carte-

les y fotografías, de todo el mundo, que anuncian: “Maravilloso espectáculo de ventriloquía: Carolina del Val y su muñeco Mister Chick”.

¿A DONDE VA, SEÑORITA?

*"...fueron pajecitos Paloma y Carmen,
hijas de la feliz pareja que hoy se casa
después de vivir juntos ocho años."*

(Revista ¡Hola! 23-VI-90)

Hoy muy temprano partiré hacia Marbella, en la Costa del Sol. Así lo ha dispuesto mi ama y señora Olivia; quiere que pase unos cuantos meses a la orilla del mar y trate de recuperar la alegría y mi vitalidad; quiere hacerme olvidar la melancolía que nubla mis ojos y vuelva a ser la compañera leal, animosa y prudente, cuya diaria presencia le es particularmente agradable. Piensa que algún tiempo alejada de estos lugares curarán mi nostalgia y acaso pueda encontrar un nuevo amor. Ella no sabe que vaya a donde vaya, nunca olvidaré lo ocurrido aquella noche de primavera madura cuando el clima, la calma, el perfume de las flores, invitaban, incitaban, al amor.

Fue el día que el equipo de polo de la Academia Militar de Zaragoza vino a Sevilla para participar en los festejos de

la Feria de Abril. Lo recuerdo como si hubiese sido hace un instante; el campo estaba adornado con profusión de estandartes y banderolas. Mientras tanto, en las graderías llenas, la gente lanzaba hurras al equipo de casa, el cual, de acuerdo con todos los pronósticos triunfaría por la habilidad de sus jinetes y la fortaleza de sus cabalgaduras; en realidad el conjunto tenía un holgado handicap a favor.

Sin embargo, la inclusión de el Conde en el bando contrario nivelaba las fuerzas y ponía una nota de tensión en el ambiente, una intranquilidad que no lograban disipar las alegres charangas ni los brillantes uniformes. Las apuestas eran crecidas.

Yo había estado sumamente nerviosa durante la víspera; por esta razón, Olivia, sensible y comprensiva, decidió prescindir de mis servicios esa mañana. Sin compromiso visible me dediqué a vagar por los caminitos de la finca, deseosa de ver, aunque fuese de lejos al Conde luciendo su gallardía en alguno de los jardines. Me angustiaba pensando que, quizá acompañado de alguna extranjera de ojos asombrados, rubia, frágil y elegante, anduviera por ahí, provocando murmullos.

Caminé hacia el bosque de mimbres acercándome, como sin querer, a la vereda por donde él habría de pasar. No quería que Olivia me viera traicionando su confianza, pero él me atraía con fuerza biológica, animal, visceral. La naturaleza tiene leyes que se cumplen fatalmente, se acepten o no. Debo hacer una aclaración; tal vez parezca paradójico, pero no soy “ligera de cascos”, aunque esta forma de comportarse se acepta sin reservas entre la moderna nobleza europea.

Pasó cerca de mí un grupo de juveniles invitadas. Una linda toledana, esbelta, ojizarca, sensual y vestida con una minifalda violeta, dijo a su compañera: «“Crees que al Conde le gustaría que le hiciese cosquillitas en la espalda y en el cue-

llo?" Soltó entonces una breve carcajada, cínica y cristalina; risa de jovencita coqueta de nacimiento. Solté un bufido de desprecio.

En ese momento recordé el día que nos conocimos. En Alcalá de Henares; aquella ocasión que el rey don Juan Carlos de Borbón presidió el evento hípico y el Conde fue la pareja del marqués de Puertocarrero. Caminaba tranquilo, con paso elástico, sin la nerviosidad que se advertía en los demás participantes; fuerte y hermoso, pasó a mi lado sin mirarme; él era centro de atracción: astro, ídolo, leyenda; yo, sólo una integrante de la multitud, admirándolo embobada. Joven y delgaducha, mis únicos atributos eran: piernas largas, mirada alerta y descarado suficiente para meterme donde se me antojase. Huérfana desde muy pequeña, ignorando mi linaje, había permitido hacer siempre mi soberana voluntad el mimoso cariño de Andrés, un viejo mozo de cuadra, quien me crió entre recuerdos y anécdotas de mamá, cuyas fotografías casi cubrían las paredes de su pulcra casita.

El equipo de Puertocarrero resultó vencedor y la fotografía de los triunfadores, donde el Conde aparecía sospechosamente cerca de la Infanta Elena, dio la vuelta al mundo. Todos los diarios de España ponderaron su noble estirpe y sacaron a relucir nombres de ilustres ancestros.

Al otro día, un hábil detective contratado por el duque de Sevilla me localizó trayéndome al castillo. Desde entonces fui compañera y confidente de Olivia, la hija mayor del Duque. Durante nuestros largos paseos matinales, ella me cuenta sus sueños, sus fantasías, sus proyectos para el futuro.

No obstante la vida muelle y la frecuente participación en festejos y competencias, no he logrado ser feliz; no he podido borrar el recuerdo de aquella tarde en que nuestros

pasos se cruzaron por vez primera. Cuando en el castillo hay reuniones de actividades hípicas, con inquietud escucho pronunciar reiteradamente su nombre, y mi corazón acelera sus latidos con prisa febril.

Me intrigaba ese toque de deferencia en el trato, distinto al que le dan a otras servidoras del castillo o de sus invitadas; algo que flotaba en el ambiente; algo en las insustanciales charlas de los invitados, servidores y mozos de caballería; algo en los discretos murmullos de los hombres y, a veces, en las cariñosas palmaditas que me dan en la mejilla los viejos raboverdes.

Una tarde lluviosa, el caballerizo mayor se bebió todo un porrón de tinto de la Rioja y soltó la lengua más que de costumbre revelándome el secreto: mi padre es ese anciano majestuoso que veo pasear, solitario, por los terrenos de la finca y que aún hace temblar de emoción a todas las hembras que se cruzan en su camino, lo mismo castas vírgenes que jóvenes alocadas o calmosas madres de cuatro o cinco hijos. Esa tarde me contaron la historia completa de mamá quien, a pesar de no tener títulos de nobleza se labró un nombre en los juegos olímpicos de Viena ganando una medalla de oro para su patria. La casa Wörter, de rancio abolengo austríaco, la adoptó dándole el apellido que desde hace casi cuatro siglos honra al blasón del hacha de gules.

Su espléndida figura cautivó a papá, integrante del equipo hípico español quien, una noche, burló la vigilancia de la monacal Villa Olímpica y, con mi madre a su lado, deslumbrada y feliz, se internó en los bosques que rodean al legendario Danubio donde vivieron romántico idilio. Fue la comidilla chismográfica más sobresaliente de esos días, suceso comentado por la prensa mundial, incluyendo al reseco periodismo de aquel lado de la Cortina de Hierro, que lo criticó

con mordacidad. En cualquier forma, estoy orgullosa de ser hija del amor y no de las mercenarias uniones a que obligan a mi padre los intereses mercantiles del mundo moderno.

Un grito de entusiasmo salido de las tribunas me dio a entender que los nuestros habían obtenido un tanto. ¡Era el último chukker! Me obligué a ser atrevida. Apresurando el paso salí a la terrazuela buscando esconderme tras algún seto, pero antes que pudiese lograrlo escuché la nasal voz del mayordomo increpándome:

—¡Señorita! ¿Se puede saber a dónde va?

Guardé silencio, hice una inclinación y regresé, con la cabeza muy alta sobre su plebeya cabeza.

En ese momento se dejaron oír las fanfarrias de triunfo y el ruido de la gente llegó hasta nosotros. Había terminado el encuentro. Ensimismada, bullendo la mente de negros pensamientos no me di cuenta que todo mundo estaba regresando a los salones.

De pronto él estaba frente a mí. Nuestras miradas se encontraron: sorprendida y anhelante la mía. Negra, rencorosa, llameante la suya. Estaba igual que la primera vez que nos vimos: el pecho amplio, los músculos abultados bajo la piel brillante por el sudor, el cuello poderoso... pero entonces él sí se fijó en mí. Yo sí había cambiado: la fogosa naturaleza materna había florecido con plena vitalidad y de ella heredé no sólo el temperamento explosivo sino también una esbelta figura, su pelo color ceniza y el andar armonioso. Los compañeros lo empujaron, apresurados por ir a tomar un merecido baño, mientras uno de los jinetes le lanzó una hiriente pulla que no quise entender. Se alejaron mientras el corazón quería salirse del pecho. Sofocada por la emoción volví sobre mis pasos rumbo a los jardines.

Todo había quedado en paz. La noche avanzaba pero la inquietud permanecía en mi ánimo; trataba de encontrar un pretexto para salir y cumplir con la cita que, tácitamente, había concertado. Era el deseo ciego, irracional, la pasión profunda y avasalladora.

Vino la veleidosa fortuna a intervenir. Artemisa, joven e inexperta servidora de una invitada se aterrorizó al descubrir cerca de ella una inofensiva serpiente puesta por algún bromista irresponsable y fue necesario administrarle un calmante por vía hipodérmica. En la confusión salí sin que se dieran cuenta y salté la barda.

Lo encontré cerca de las caballerizas. De pie, pensativo, solitario. La luna, cómplice de enamorados rielaba sobre la superficie del lago. Las estrellas destellaban en el firmamento cobalto intenso y, del jardín, llegaba el efluvio aromático de las rosas mientras cerca, la umbrosa bóveda del bosquecillo de acacias llamaba con mórbida complicidad. Rocé su mejilla con mis labios y puse mi cabeza sobre su pecho.

Oí entonces la voz de Olivia, mi dueña y señora, cuando dijo suavemente, dulcemente para no herir mis sentimientos:

—¡Qué yegua tan tonta eres, Señorita! ¿No te has dado cuenta que Conde es un caballo castrado

¿DE QUE TE DAN GANAS?

Mi mujer, como todas las esposas del mundo, se reúne un día de la semana con un grupo de amigas. El pretexto es jugar lotería de monitos, canasta uruguaya o simplemente alguno de esos juegos de baraja que están de moda; en realidad hay una razón menos simple, los recovecos de sus cerebros femeninos esconden agudas lancetas y filosos bisturíes con los cuales viviseccionan a todo bicho viviente que aparece por ahí, especialmente sus propios maridos.

De tales reuniones, semanalmente trae a casa un sabroso entremés de trocitos de vidas ajenas: pleitos conyugales, hijos pródigos, maridos tacaños, jovencitas ligeritas de cascos, problemas financieros, inminentes divorcios (por causa de una güerita de naricilla chata) y más que todo, largas, prolifas y pintorescas descripciones de todo el acontecer social. He de ser sincero. Con relación a la vida privada de su círculo de amigas es tan hermética como la caja fuerte del Banco de México.

En sus conciliábulo utilizan un lenguaje homologado

con base de ciertas frasecitas con que me vuelve loco toda la semana... hasta la siguiente reunión, donde el léxico es renovado.

Sin embargo el estribillo que llegó para quedarse es la preguntita, ¿de qué te dan ganas?, pronunciada después de una exposición de hechos y emitida con un inquietante retintín que nunca he podido descifrar porque no me lo pregunta antes de servir el desayuno, inevitablemente éste será un minúsculo vasito de jugo de tomate, un huevo tibio, y café con leche, sino que es formulada en la siguiente forma.

—¿Sabes Julio?, la tonta de Pola sacó las natas del refrigerador y se las dio al Morrongo. ¿De qué te dan ganas?

Me quedo repicando, ni modo de decirle que sería bueno darle unos coscorrónes a Pola la sirvienta; una garrida veinteañera de la sierra chihuahuense con estatura mínima de un metro ochenta y unos 70 kilos de peso... o bien que me gustaría ser el gato. Las natas me encantan. Como ya es muy tarde para comprar en la tienda de la esquina le ordeno a Rosita, nuestra niña, que vaya al departamento de arriba, con su tía Lola, le explique que el felino se merendó las natas y le pida una poca de mantequilla.

Ni me mira, aparentemente espera una respuesta. No hay tal, lo que conteste tendrá poca importancia; la prueba es muy clara: poco antes que pronuncie palabra alguna se sienta a mi lado y comienza a narrar las andanzas de Toñito, “el hijo del señor que te vino a buscar cuando estabas en Tijuana”, sucesos que me importan un bledo; desconozco quién es el señor que vino a buscarme hace cuatro años, cuando fui a Tijuana (primeras noticias que tengo de la visita) y menos aún quién es el tal “Toñito”.

Otras veces, cuando estoy enfrascado en la lectura de algún ameno y apasionante libro, llega y se arranca con una

extraordinaria noticia; por ejemplo:

—Julio, Tutú acaba de tener seis conejitos, ¿de qué te dan ganas? Tutú es una hermosa coneja blanca que le regalaron a Rosita la semana pasada. Como consecuencia formuló mentalmente estas respuestas:

A.- Tal vez sea conveniente comprar una caja de puros para regalar por el feliz acontecimiento.

B.- Podemos convocar una reunión de científicos para que estudien el rarísimo suceso.

C.- Quizá sea necesario expulsar de casa (con cajas destempladas) a la casquivana madre de los séxtuples.

D.- Con toda seguridad tendremos que vender el automóvil para pagar el hospital y la indispensable cesárea de Tutú, considerando el múltiple parto.

Cuando termino de pensar en estas posibles soluciones para el problema, ella y la niña están sentadas ante la mesa formulando una larga lista de nombres para bautizar a los conejitos. El esfuerzo, pues, fue inútil.

Cierto día me propuse a dar contestación rápida y adecuada cuando ella saliera con la enfadosa muletilla. Muy pronto llegó la oportunidad. —Julio—, me dijo entre enojada y risueña,— el Morrongo se subió a la mesa, tiró el pan, desparrramó todo el azúcar, se bebió la leche y se comió las salchichas de tu cena, ¿de qué te dan ganas?

—¡De matar al gato!— contesté abriendo el polvoriento cajón donde guardo el revólver del abuelo.

— Para matar al Morrongo tendrás que pasar sobre mi cadáver,— gritó mientras obstruía la entrada al comedor.

Debo advertir que el mimado, mañoso, molesto, marrullero y maullador minino tiene unos diez años con ella, mi madre se lo regaló.

Por supuesto, el amenazado micifuz no corría peligro alguno por dos grandes razones: primera, no soy capaz de matar una mosca; segunda, nunca he disparado un arma y menos ese impresionante Colt 44.

Así que guardé la pistola, tomé mi novela y plácidamente volví a la lectura. ¿De qué les dan ganas?

EL DESCONOCIDO

Llegué a mi casa tarde, cansadísimo y malhumorado. El día, caluroso como pocos, había tenido el agravante de que cinco de los peones habían faltado al trabajo. Lunes. “Usted sabe Ingeniero, la cruda realidad...”, me dijo el maestro de obras. Pero con excusas las tareas no adelantan, llegaron las seis de la tarde sin terminar el tramo de cimentación que debíamos entregar la semana anterior. Las lluvias amenazan con dejarse venir y si no apresuramos la obra, se retrasará toda la temporada de aguas. Le dimos de frente hasta terminar el vaciado.

Tamara, mi mujer, luego de servirme la cena se sentó también en la mesa y, mientras raspaba un poco de queso, me dijo que Juan Fernando, su hermano, quería una fotografía “para el asunto ese del grupo cultural”. Mi cuñado encabeza un grupo de estudiosos de la historia regional. El Seminario de Cultura Mexicana nos aceptó como miembros pero es preciso enviar mañana mismo la documentación y con tanto trabajo me olvidé que necesitaba darle un par de fotografías. En la mañana pasaría por ella, dijo me media naranja.

Era muy tarde para andar visitando fotoestudios, así que resolví buscar una entre las montañas de retratos familiares guardadas en cajas de zapatos para algún día ponerlas en el álbum que nos regalaron en la Navidad hace seis años. En la primera caja, reservada a los hijos y parentela en general, sólo encontré dos donde aparecía mi apuesta efigie, aquella que tomamos al regreso del primer paseo a la presa de Sanalona; todos chamagosos pues la maldita carcacha tronó dos llantas y luego se le cerraron los platinos. La otra es la que hemos llamado fotografía histórica; tomada en la kermés donde conocí a mi mujer, jovencísima ella, acompañada de un pretendiente flaco y fachadiento, mientras que yo aparezco junto a una hermosa y ojiverde muñequita de muy buen parecer.

La segunda caja fue un tesoro, fotografías que me transportaron a un feliz pasado, con el consiguiente fastidio de mi esposa que piensa en todas mis exnovias como seres cuyo cuerpo es como la Venus de Milo y su inteligencia como la de María Curie; además cree que se conservan físicamente como estaban hace treinta años. Aquí estoy con el equipo de beisbol que ganó el campeonato estatal de 1940. (Era la mascota, claro).

Varias de mis días de estudiante, ésta colgado con una mano, de un árbol como chango. Otra, el día de mi graduación completamente apantallador, vestido con un elegante smoking rentado al sastre de la esquina. Otra, del mismo día disfrutando del baile acompañado de mi adorable novia estudiantil. Por cierto se casó con mi mejor amigo.

Un sobre tamaño carta y un destello sombrío en la mirada de mi mujer. Fotografías de fiestas, de antes de que la conociera. “Lo que no fue en tu año no fue en tu daño”, le digo, pero ella simplemente lanza un gruñido y no queda muy conforme. Lindas compañeras de baile. Donna la gringuita, Mariela, Irma, Julia, Betty, Lucía, Anita, Marilú, Katy, Lorena, Velia entre otras;

compañeras, compañeras de baile y sólo eso eso, pero mi mujer está terca con la idea de que con todas y cada una sostuve tórridos romances. ¡Ufff, cómo me reiría con tal récord! Pero, bien, ella así lo cree. ¡Uy!, una de cuando corrí el Stálom Juárez conduciendo el pesadísimo Ford que tenía mi primo Gregorio. Quedé en penúltimo lugar. La tomaron antes del evento, así que estoy sonriente.

Y así fue saliendo todo el contenido de las cajas hasta que sólo quedó una. Me quedé pensativo, observándola. Era el retrato de un tipo chocante, de mirada altanera, frente arrugada, boca medio fruncida, doble papada y corbata de mal gusto que me miraba irónico.

No lo identifiqué a primera vista, aunque estaba seguro de conocerlo. El rostro me era familiar. Comencé a formular una pregunta a mi esposa pero a la mitad recordé quién era. ¡Claro!, lo veo todos los días en el espejito de mi baño.

LA NOCHE DEL CAZADOR

I

Thérèse, maquillada exageradamente, inició una sonrisa perversa mientras decía, con rica voz de contralto la frase que había estado preparando toda la tarde.

— Manfred: Stravinsky me pone frenética. Quiero bailar llevando el vaso de piedra que me mostraste ayer.

— Thérèse, considerada la prima ballerina más brillante y mejor cotizada del hemisferio occidental, abriría la temporada de ballet interpretando El Rito de Primavera, de Stravinski. Tenía el capricho de bailar la escena donde se sacrifica una doncella, llevando en sus manos un cuenco prehistórico de piedra pulimentada encontrado cerca de Cro-Magnon.

Su amante, el general Manfred Krauss, jefe de las fuerzas de ocupación, no pareció darle importancia. En tono desafiante agregó:

— Creo que hoy puedo lastimarme un tobillo.

Angelo Pavani, el coreógrafo de Thérèse, sabía que era capaz de cumplir la amenaza. Retorciéndose las manos, expresivas y sensibles, lanzó un refinado gritito y cayó de rodillas ante Krauss.

—Si Thérèse se lastima y no puede bailar, me abriré las venas exclamó con acento dramático mientras, con un pequeño pañuelo de seda, se quitó el rimmel que se le corrió con las lágrimas. Angelo estaba enamorado de Manfred. También era capaz de cumplir sus amenazas.

El joven general dio poca importancia a la ridícula escena; tomó un sorbo del desagradable brebaje que le sirvió Angelo y golpeó, impaciente, el borde de la mesa. Militar varias veces condecorado, le exasperaban los amanerados modales de la fauna intelectual que revoloteaba en el departamento. Deseaba estar con Thérèse en la intimidad, donde la temperamental y fogosa bailarina era tierna, delicada y complaciente. Dominó pues, su mal humor y, recordando la sensual devoción con que Thérèse cumplía sus deseos, accedió al infantil deseo de la artista. El oficial de guardia trajo del Museo Central el pequeño vaso de piedra blanca. Después se bebió, con gesto de desagrado, el resto de su coctel.

II

Ningún ruido acompañaba al suave arrullo del viento sobre las rocas. Los hombres habían celebrado sacrificios propiciatorios a los dioses de la caza y salieron, al amanecer, hacia la región baja y boscosa donde encontrarían alimento para la tribu. En la caverna ceremonial, los dibujos pintados en las paredes parecían moverse al oscilar del fuego sagrado. Fuego, tesoro de la tribu. Fuego, vida y muerte. Fuego,

vida o muerte. La luna, luna llena, luna de cazadores, brillaba cerca del cenit.

N'ek, bella hija de P'ek, el sacerdote, se levantó en silencio. ¡Aquella música!, sonidos jamás escuchados se encrespaban en el interior de su cerebro; estruendos con el mismo acento del rayo. Notas largas, lamentosas, como alaridos de prisioneros sacrificados a la Diosa de la Noche. Ruido como de grandes troncos huecos que al ser golpeados producían un sonido bronco, profundo, modulado. Y luego esa melodía ascendente, vibración de indescriptible belleza, sonidos altísimos, entremezclados con jadeantes acompañamientos, unos roncros como el grito de los jefes y otros con aguda voz de guerrero joven. Allá al fondo se escuchaban otras notas, agudas y dulces, como las que producían los sacerdotes al soplar en las flautas hechas con húmeros perforados.

N'ek sintió una fuerza interior que la impulsaba a bailar. La cabeza le daba vueltas más fuerte que cuando su padre le daba el bebedizo antes de danzar pidiendo fertilidad o un parto venturoso. Como en aquella ocasión que masticó unos extraños hongos encontrados junto a los helechos gigantes. Se tapó los oídos con sus manos finas y morenas pero la música seguía y seguía. Canturreó.

K'er, la madre, despertando al escuchar a su hija, sintió un angustioso temor; eso que cantaba N'ek era música, sí, pero debían dictársela los demonios. Eran sonidos extraños, ajenos. Incorporándose, vio a la joven como en trance, distinta, transfigurada, reflejando en su rostro terrible lucha interna, danzando con ágiles y armoniosos movimientos. N'ek giró con rapidez parada en la punta de sus pies, estremecido su cuerpo esbelto mientras cantaba una melodía obsesiva, acompañada, circular. Siguió bailando, deslizándose hasta el

exterior. K'er la quiso detener, pero N'ek la apartó con extraordinaria fuerza. La luz de la luna, desde el exterior, proyectó sombras retorcidas. Salió de la cueva, siempre bailando, con furia salvaje, con movimientos demoníacos pero llenos de gracia.

K'er deseó que los hombres no hubiesen salido tras el mamut aquella noche; el miedo la mantenía como hipnotizada, sin despegar la vista de su hija, que danzaba frenética frente a la cueva sagrada de Ke'w.

N'ek se arrodilló sobre la arena húmeda y escuchó dentro de su cabeza aquel fragoroso batir de percusiones. Invocando a la fiera, levantó el cuenco sagrado, tallado en un pedazo de roca traslúcida.

Con destellos de luna en sus largos colmillos marfilinos, una veteada mancha oscura saltó, con un rugido, sobre su hermoso cuerpo.

III

A setenta mil años de distancia, Thérèse levantó la pequeña vasija de piedra traslúcida mientras la orquesta atacaba un impresionante crescendo. Se iniciaba el rito pagano de la Tierra en equinoccio de primavera.

Thérèse perdió el sentido de la realidad. Sintió que el mundo giraba, desapareciendo de su mente teatro, orquesta, luces, telones, público. Un dolor lacerante quemó sus entrañas y como relámpago, su mente recogió la imagen nocturna de un claro en la selva primitiva, entre grandes rocas y gigantesco helechos.

Mientras la vida se le escapaba en un estertor agónico, cayó bañada en sangre, en el centro del escenario.

Tenía la espalda destrozada; desgarrada, con heridas que solamente podían haber causado los afilados colmillos y las poderosas zarpas de una primitiva bestia, enorme y salvaje.

TERCERA PARTE

DE DELINCUENTES JUVENILES

Y

OTROS ENEMIGOS

VIEJOS AMIGOS

Bajó del autobús. El viento, húmedo y tibio, viento de llanura agrícola, le trajo agradables recuerdos de su niñez. Sonrió complacido al divisar a sus familiares; volvía después de seis años de ausencia. Se había matriculado en la universidad y viviría con su abuela mientras su padre liquidaba algunos asuntos para regresar al pueblo natal.

La anciana estaba feliz de tener a su nieto con ella; un joven sano, alegre y limpio; nada extraordinario, sólo un buen estudiante, como muchos otros jóvenes. Pensando en esto, la señora se felicitó de haber dejado el barrio donde sus hijos crecieron. Mujer de su casa, no le gustaba la gente que se había aposentado allá; desconfiaba de aquellos nuevos vecinos, propietarios de lujosas residencias quienes, luciendo sospechosos bultos en la cadera, iban y venían al volante de poderosos automóviles con placas extranjeras y cristales oscurecidos. Según dijo a su familia, le parecía que se dedicaban a actividades “deshonestas y extrañas”, y se cambió a una tranquila y alejada colonia.

Luis sintió deseos de volver al viejo barrio donde transcurrió su infancia, para buscar a sus antiguos amigos de la escuela primaria: compañeros a quienes recordaba con el afecto de haber aprendido junto a ellos a leer y a sacar cuentas. Amigos con quienes se inició en los primeros juegos: canicas, trompo, fútbol con porterías señaladas con dos ladrillos, beisbol de base corrida. Esas pequeñeces que forman los primeros recuerdos de la vida.

Consiguió una bicicleta y fue dar una vuelta. Todo encontró diferente; el parquecito central, donde pocos años antes él y sus amigos jugaban sobre el césped tierno, estaba lleno de jóvenes malencarados haraganeando sobre prados resecos, invadidos de maleza. Pandillas de malvivientes se habían posesionado de los módulos deportivos donde sólo quedaban escombros y estructuras de metal oxidado. Ya no se escuchaba rebotar de balones, ni risas de muchachas ni las porras animando y apoyando a los equipos. Vagos de aspecto patibulario ocupaban las desvencijadas bancas consumiendo marihuana o inhalando solventes a la vista de todos, sin temor alguno. Junto a ellos, prostitutas adolescentes mostraban los estragos del vicio y la degradación en sus rostros humillados.

Si bien delgado y de mediana estatura, Luis era fuerte, ágil y decidido; no se amedrentaba con facilidad pero sintió un escalofrío cuando varios chamacos, cuya estatura escasamente rebasaría metro y medio, lo rodearon en silencio. Todos sacaron largas navajas de muelle. “Ninguno pasa de los doce años” pensó Luis y comenzó a sentir un vacío en el estómago. Jamás previó la posibilidad de ser asaltado en un sitio descubierto y a plena luz del día. Intentó establecer comunicación hablándoles afablemente, sonriéndoles. Inútil; no obtuvo respuesta. El cabecilla, un niño esquelético con un trébol de cuatro hojas tatuado en cada oreja, se acercó y, sin mediar palabra, le

puso su filosa arma en el costado; con secas palabras ordenó a un sucio pequeñín que le quitase el reloj, el anillo de graduación y la cadenita de oro que lucía al cuello. Consciente del peligro que corría, Luis no protestó al desprenderse de sus modestas joyas. Un minuto después, los pandilleritos habían desaparecido sin hacer ruido alguno.

Sin reponerse aún del desagradable encuentro, se dirigió a la calle. De pronto, tres jóvenes, más o menos de su misma edad vistiendo ropa holgada y sucia, que exhalaba un fuerte tufo a cerveza, salieron del interior de un ruinoso gimnasio cuyas pintarrajeadas paredes lucían soeces graffittis. Le cerraron el paso y, lacónicamente, le exigieron la bicicleta. Trató de disuadirlos, explicándoles que era un objeto ajeno; pero no entendieron razones; por el contrario, el tono de su voz se volvió más amenazador. Luis se dio cuenta que oponerse sería jugar una carta extremadamente peligrosa; los maleantes lo golpearían sin misericordia ante la menor provocación. Bajó del pequeño vehículo y lo entregó dejándolo como barrera entre ellos. Esperaba el momento oportuno para empujarlos con la bicicleta y correr confiando en su buena condición física.

Escuchó entonces pronunciar su nombre. Un desconocido avanzaba hacia él rodeado de siete u ocho mozalbetes armados de brillantes cadenas de acero. Los tres asaltantes huyeron despavoridos dejándolo tirada la bicicleta. El nuevo grupo se detuvo a unos metros de Luis mientras el jefe le dio la mano estrechándosela con calidez. No le fue fácil identificarlo, pero Luis pronto reconoció sus ojos, vivaces y expresivos: ¡era el Kaky!, un condiscípulo que había abandonado la escuela antes de terminar cuarto grado. Vestía una sudadera holgadísima, pantalón muy ancho y el pelo rapado aunque en la parte posterior de la cabeza usaba una larga trenza. En el lóbulo de su oreja izquierda, destellaba un diamante. Luis sintió alegría de en-

contrarse con su antiguo amiguito; no obstante que le chocaba su indumentaria y la forma de hablar: (bajaba el tono de voz y alargaba exageradamente las vocales).

—“Quiooob-güeeey, por pooco te chiiingan es'ss baaat's. Tuuu tieens la cuuulpa güeeey, qui'ands hacieend'do solaaan-uaquí.”

Platicaron varias horas. El Kaky se mostró complacido al enterarse de los triunfos deportivos y académicos de Luis y quedó de buscarlo después de que terminara con un jale que tenía pendiente. Después, lo sacó del peligroso parque.

Esa noche, Luis pensaba en su irreflexión al meterse en la boca del lobo. Había perdido su anillo de graduación. Había sido tratado en forma humillante por unas desnutridas pero aviesas criaturas y se había enfrentado a unos hampones desalmados. De hecho no salió tan mal librado del problema, sin heridas ni daños físicos, pero el encuentro con su amigo de la infancia le entristecía. No necesitaba mucha imaginación para comprender que no tardarían en aprehenderlo o tal vez podrían matarlo en alguna reyerta.

Dos días más tarde tocaron a su puerta; era uno de los niños pandilleros, participante en su asalto. El diminuto hampon fue de pocas palabras:

—“Ai te máaanda el Káaaky, baaato.”

Le entregó una pequeña bolsa de plástico y salió corriendo.

Con letra dispareja había un mensaje: “Sienpre alludo ha mis hamigos y nunca los olbido aunque ellos se agan pendejos. Kaki”. Dentro de la bolsa encontró su reloj, la cadena, la medalla, el anillo ...y una pequeña oreja humana, tatuada con un trébol de cuatro hojas.

EL PELLEJOS

—No digas malcriadeces, güey; te va a oír mi amá y te va a romper el hocico, — dijo el Kaky. El Kaky es mi hermano. Ya estaba clareando la madrugada y la boda de mi tía Lupe seguía a toda madre. Yo tenía mucho sueño pero mi mamá me había llevado para recoger los platos sucios y demás basura que sale en esas fiestas. Mi mamá es bien dura y no me dejaba tomar ni un trago de cerveza.

Había dicho una malcriadeza, una simple pendejada que no era para nadie. No tenía ganas de nada; me sentía muy mal por el desvelo.

Afuera, en el patio de la casa, habían cocinado la cena pa' la gente que vino. El Pellejos, el Kaky, el Pirrín, el Lurio, yo y muchos otros amigos estábamos junto al rescoldo, sentados en unos ladrillos comiendo unos platotes de menudo que mi amá nos había servido al modo della.

El Kaky me dijo: Chirriscuís, cuéntanos por qué ahora le dicen “Pellejos” al “Chanate”.

Cosme, por mal nombre el “Pellejos”, se me quedó vien-

do. “No cuentes nada Chirriscuís.

Nunca lo hubiera dicho; traía un humor de la chingada por el desvelo y pa’ acabalarla Cosme me dijo “Chirriscuís”. El pinche Pellejos sabe bien que no me gusta ese sobrenombre. Bueno, el caso es que Cosme Barral, primo hermano mío, nos invitó en una ocasión a darle un llegue a la tiendota de la plaza Taniguchi, en Mocorito. En esos tiempos al Cosme le decíamos Chanate, por prieto. El Chanate lo tenía todo planeado. Había un velador, pero se dormía confiado en los ladridos de un perro muy bravo que tenía; era un perro bien hijo de la chingada: Se le iba encima a todo mundo y no dejaba que nadie se acercara a la puerta del almacén. Ninguno estaba a salvo de una mordida, aunque fuera gente conocida; pinche perro, no dejaba pasar ni a las moscas. A a pesar de eso, el méndigo velador no le daba de tragar; viejo cabrón, tenía muerto de hambre al pobre perro.

El Chanate se dio cuenta que el animalito tenía la panza pegada al espinazo de puro hambreado y pasó varias semanas consiguiendo pellejos; los robaba en los mercados y las carnicerías, luego se los ponía en el sobaco y cuando habían agarrado lo apestoso del sudor se los daba al perro. ¡Híjuela!, se los tragaba como si alguien fuera a quitárselos. A los pocos días, el animalito nomás miraba al Chanate se ponía a menear la cola, untaba las orejas al pescuezo y le bailaba como perrito cirquero. ¡Cómo nuiba astar aquerenciado con el Chanate, si le daba de tragar!

Para que no fallaran las cosas, el Chanate hizo que su hermano, el Peluco, trabajara de lavatap, ya saben, quiero decir de barrendero, casi dos meses en la Casa Taniguchi para picarse las llaves y localizar el control de las alarmas. Escogimos un domingo para el jale, pues ese día cerraban temprano. Llegamos a Mocorito al medio día y para no despertar sospe-

chas nos metimos al estadio a ver un juego de beisbol. En cuanto oscureció nos fuimos a la tienda. ¡Hubieran visto al perro! Se puso rete contento en cuanto el Chanate le tiró con los pellejos; comió desesperado; pobre perro, estaba más hambriento que cuando a uno lo tienen internado en el tutelar.

Entramos sin dificultades; el Peluco traía llave de la puerta de servicio y otra de la oficina. Desconecté las alarmas y voltiando la caja fuerte empezamos a desfondarla con cincales y marritos que sacamos deái mismo, deonde venden herramientas.

Todubiera estado a toda madre si no hubiera sido por el desgraciado perro; no nos dimos cuenta que se tragó todos los pellejos y en vez de regresar con el velador, se quedó junto a la puerta llorillore porque quería entrar paque el Chanate le diera más pellejos. Ni caso le hizo al velador que lestuvo chiflando hasta que se le quedó la boca como trasero de gallina y como no venía, pos lo fue a buscar.

Ahí luencontró, rascando la puerta, pidiéndonos más pellejos con unos ladridos rete cariñosos.

Cuando menos lo esperábamos llegó un chingo de patrullas llenas de policías y nos aperingaron sin darnos chanza de correr

—“Ni pedo batos, —dijo el Chanate”.

Todos fuimos a parar al Tutelar de Menores; ahí la raza le cambió el apodo al Chanate. Ahora todos le dicen “Pellejos”.

CAIDA LIBRE

En la casa del Kolaloca, la pandillita de todas las noches comentaban cosas de la mala suerte. El Kolaloca dijo:—Pinche Guásimas, se creía el más chingón del mundo y ya ven, le dieron piso como si fuera diatiro un amatis.

—Cállate bato, hay que respetar a los amigos muertos.

—Amigo tuyo, Kaky. Mío, ni madres. ¿Te acuerdas? Me mandó de burro a Tijuana diciéndome que sus amigos me pondrían a tirar tostadas al otro lado. Ni madres; entregué la “chiva”, no me pagaron y ahí anduve como pendejo, sin lana pa’ venirme, hasta que me agarró la tira.

Sacó una pacha de tequila y se echó un trago.

—Bueno párale, al fin que ya se murió.

Le pasó la botella al Kaky.

El Guásimas no tragaba vino, ni cerveza...El Kolaloca encendió un cigarro. Todos se aquietaron.

Tampoco quemaba mota.

El Kolaloca lanzó una mirada como diciendo “de lo que se perdió” mientras aspiraba largamente el humo.

Ni le entraba al perico.

Ni a la chiva. La neta que era de otro mundo.

—Pos allá está pá siempre.— Dijo con humor negro el Kaky, el jefe de todos. Nadie se rió. Nadie habló del Gera, ni siquiera su hemano.

Los hechos vinieron vívidamente a la memoria de El Pirracas.

— Es un jale bien fácil—, dijo el Guásimas. —Cuando cierran la tienda, todos andan apurados y nadie revisa el cuarto de las escobas.

Ahí se escondieron. El Guásimas iba a entrar después. Era escurridizo como culebrita prieta y le gustaba la acción. Antes de que le abrieran la puerta se desesperó y empezó a meterse por un tubo del aire acondicionado. Fue un error, el policía de guardia detectó los chiridos que hacían los tenis del Guásimas al rozar los ductos y tomando su walkie talkie pidió ayuda a la central de Seguridad Pública.

Sólamente dijo : 52, 52, 52, 64 en el punto 105; código 1. Las patrullas salieron en silencio.

El Guásimas era desconfiado como chanate; le pareció sospechoso no escuchar los pasos del guardia y ordenó a sus compañeros subirse al escondite del techo. El Gera ya conocía el camino de la covacha, me dijo: —Pirracas, “por este hoyo se mete uno. Podemos aguantar escondidos todo el día”.

Nos subimos por un chingo de varillas, como escalerita, que había detrás del almacén hasta un espacio entre las láminas del techo diarriba y el otro techo, el de puro lujo. Ahí nos acomodamos sin problemas. Yo tenía un chingo de miedo y más cuando el Gera me dijo, haciendo muchas muecas:

—Ten cuidado, pisa solamente las viguetas. El piso está unos diez metros abajo y si te caís te quedas ensartado en las puntas de los tururunes donde ponen lo que venden.

Alguien encendió todas las luces. El Guásimas, ya ven q'era rete aventado, quizo hacerle como en las películas y se puso entre unas monas vestidas de primera comunión, pero, pos cuándo... Era bien prieto. Se le fueron encima los cuicos.

No trató de escaparse sino que sacó aquella escuadrilla veinticinco toda jodida que cargaba. No podíamos creer que el Guásimas fuera ha hacer tamaña pendejada: es' que hacerle frente a un chingamadril de cuicos armado sólo de una pistolita de mierda.

El oficial Frikas se acercó al Guásimas y lo encañonó. Cabrón Frikas, peludo jíjuela chingada, ¡qué huevotes tenía..!

El Guásimas, en vez de pelarse le disparó cuatro tiros. Mala suerte, lo único que hizo fue rozarle el brazo izquierdo. Eran todos los que traía en el cargador; el muy pendejo.

¿Se acuerdan que bueno era para escapar corriendo? Los tiras sabían bien lo atrevido q'era, confiaba demasiado en su agilidad y en su rapidez.

Frikas hizo un solo disparo; le pegó en el pecho.

Cuatro ladriditos de la veinticinco y el estampido de la nueve milímetros del Comandante Frikas.

Fue todo. Luego, los quejidos del Guásimas; s'estab'ogando con la sangre.

—Háblele a mi mamá.— Apenas se le entendía. La sangre le le salía a borbollones, me dio un chingo de miedo. M'iacuerdo que nos llegaba hasta arriba el barullo de las voces.

—Se está desangrando, llama a la Cruz Roja, en Código 1.

—Ya viene la ambulancia, Señor,

—Este 10 vive en la colonia San Juan.

—Rodeen el edificio, este puto no andaba solo.

—Que se apuren los de la ambulancia, está boqueando.

Hay que rodear la cuadra.

—No lo mueva oficial. ¡Camillero! Solución Hartmann, medio litro y equipos de venoclisis.

—¡Oxígeno, enfermera!

—No encuentro la vena, doctor. Está entrando en shock...— Yo había descubierto un pequeño espacio entre dos hojas del falso plafón. Desconsolado, veía al Guásimas, rodeado de socorristas y agentes de policía. Inmóvil, en un charco de sangre. El médico nomás sacudió la cabeza.

—Se fue...

La enfermera le tapó la cara con un trapo.

—Avisen al Agente del Ministerio Público.

—Sub Oficial, mande por el médico legista.

Y las secas órdenes en clave:

—73, avise por 21 a los 40. 37, haga 41 con el 84 y vaya por el 51.

—Central. Tome nota: Un 13 traía 14, quería 62; hizo 4/75 a Beta 9, 75 y 47. Quedó 46. Beta 9 está 47 pero solo es una herida superficial.

Acongojado por lo que estaba sucediendo hice una seña. El Gera, olvidando su propia advertencia, trató de asomarse para ver al Guásimas y recargó el cuerpo en la hoja de plástico. Con un suave crujido el frágil material se rompió. El Gera lanzó un alarido mientras caía, caía, caía...

PRINCIPIO DE AUTORIDAD

Llegó a la bocacalle y detuvo suavemente el automóvil junto a la acera esperando luz verde para dar vuelta a la derecha; Carlos no llevaba prisa. Tenía tiempo sobrado para llegar a buena hora a su pequeña fábrica de muebles cuyas utilidades le permitían vivir sin estrecheces.

Al ver el movimiento de la gente a esa hora del día sonrió complacido. Había participado activamente en la transformación del antes adormilado pueblito que ahora lucía como progresista y tranquila ciudad donde comercios, talleres, oficinas y bancos proliferaban a lo largo de calles pavimentadas que veinticinco años antes eran sólo trazos bordeando solares baldíos. Hoy completamente fincados, demostraban la fuerza productiva de sus gentes.

Un grupo de jóvenes estudiantes lo saludó levantando sus manos; cuatro lindas muchachas le sonrieron y él les contestó enviándoles un gesto cordial. Inclino su cabeza hacia dos ancianos vestidos con elegancia; la señora, reconociéndolo, agitó cariñosamente una mano hacia él.

Su evidente popularidad había sido ganada a pulso pues se había convertido en un ídolo al militar con un equipo de basquetbol profesional aunque ya frisaba en los cuarenta años; su calidad deportiva y la conducta irreprochable dentro y fuera de la cancha le habían ganado la admiración y el respeto de los fanáticos. Carlos nunca los había defraudado.

En ese momento una camioneta panel, sin placas, se detuvo a su lado, por la izquierda. Al cambiar la luz del semáforo, avanzó sin apresurarse iniciando el viraje.

La camioneta arrancó bruscamente y también viró a la derecha cerrándole el camino. La salpicadera de la pánel enganchó su defensa, Carlos giró el volante hasta el tope pero no pudo evitar el encontronazo. Su auto sufrió una tremenda rasgadura, pero se sintió tranquilizado al darse cuenta que un agente de tránsito había presenciado el incidente y había ordenando estacionarse al conductor de la camioneta.

No movió, pues, el vehículo. Con toda calma apagó el motor, puso el freno de mano y cruzó la calle con tranquilidad; los ojos le brillaban de cólera pero su rostro estaba completamente sereno.

El conductor de la panel, un joven alto, con sombrero vaquero y chamarra de mezclilla, estaba junto al agente de Tránsito exigiéndole que culpara a Carlos del accidente. Este comprendió enseguida que el mozalbete era un agente de la policía judicial. No traía insignias, ni uniforme, pero la actitud prepotente, la torva mirada y la pistola de grueso calibre al cinto, lo proclamaban sin lugar a dudas.

Señalando a Carlos en forma despectiva, preguntó al agente de Tránsito:

—¿Conoces a este...individuo?

Sí, lo conozco bien. —Fue la pronta respuesta.

—¿Tiene buena reputación?

Antes de que el agente respondiera, Carlos tomó la palabra y dijo con voz clara pero que revelaba creciente irritación:

—Amigo, todos en el pueblo saben quién soy y que tengo una honestidad a toda prueba. Si aquí hay alguien desconocido y de reputación dudosa ese puede ser usted.

La detonación retumbó por toda la calle. Carlos fue doblándose lentamente mientras un rojo manantial brotaba de su pecho.

El barbón y sucio “madrina”, acompañante del policía judicial, bajó de la camioneta con una humeante escopeta recortada entre sus manos. Empujó con el pie el cadáver de Carlos y con bronca voz le dijo:

— Ya se lo dije’sta mañana, jefe. Este puto pueblo está bien jodido. Si usted se deja, cualquier pinche bato viene a pendejearlo...

SE AHOGO, EL GÜEY

¿Fue ayer?, ¿el mes pasado?, ¿hace mil años...? El último robo le había dejado buena ganancia y el Cobra encargó al César comprar cerveza. Había dinero de sobra pero él no se aprovechó, al Cobra jamás le jugaría chueco.

Había vuelto a enredarse con el grupo, contra las promesas a su mamá y el juramento que le hizo ante la tumba de Malverde, el “santo” de los hampones sinaloenses.

El César tenía varios meses trabajando tranquilo en el taller de carrocería y no tenía muchas ganas de platicar con el Kaky, y menos con el Cobra quien en una ocasión, por pura puntada le había clavado una navaja en el muslo.

Estaban fumando marihuana y trató de desviarse, pasar desapercibido. Imposible con ropa tan manchada de pintura.

—Quiuuubo Céesar. ondeandábas, puuuto...— Saludó el Kaky con las pupilas dilatadas por la droga; le ofreció un carrujo encendido.

—Queemate un gaaallo, es de la Buena, Güeeey.

César pensó rehusar pero, la verdad, el Kaky era buen

cuate, además le debía favores. El Kaky se partía la madre por sus amigos, nunca se rajaba. La última vez que quisieron hacer un jale en el Banco Unión, El César había podido escapar pero la Judicial agarró al Kaky; todavía tenía huellas de la calentada que le pegaron pero ni madres que lo balconeara.

Tomó el cigarrillo y aspiró larga, desesperadamente, el humo denso, acre. Sus pulmones amenazaron con expulsar la bocanada pero se contuvo mientras le invadía una leve somnolencia. Se tambaleó ligeramente, luego sintió la “patada”. Un momento después sus músculos se tensaron y los latidos del corazón se aceleraron.

Supo que nuevamente era capaz de todo. De enfrentarse a las pandillas rivales, de saltar bardas y, aplanándose contra los techos, entrar a los edificios escurriéndose por los conductos de ventilación; de asaltar los comercios o robarse un automóvil a punta de pistola para huir de la policía. Nuevamente se entregaría a la verde yerba. La esclavizante, terrible, adicción.

El Kaky lo invitó; tenían un jale, dijo, en una exclusiva colonia de la ciudad. Robarían en una elegante residencia repleta de objetos de valor. De media noche para adelante, el velador se entretenía con una prostituta conocida suya. César comprendió que no podía rehusar la invitación del Kaky, muchas veces lo había protegido y, además tenía miedo de que un desaire provocara alguna venganza de el Cobra.

César, el Cobra y el Kaki decidieron hacer tiempo refugiándose en un pequeño recodo del río donde se formaba un remanso, ahí se bañaban y haraganeaban cuando eran niños y “hacían la pinta”. El paraje estaba más hermoso que en los viejos tiempos; sauces, álamos y algunos otros árboles habían crecido mucho y daban espesa sombra.

Sentados en la orilla, comieron camarones y tomaron varias cervezas; después, el Cobra y el Kaki sacaron una bolsita con marihuana y comenzaron a forjar unos carrujos y los encendieron después de tragarse con un sorbo de cerveza unas pequeñas pastillas blancas.

Pronto aparecieron los síntomas de una fuerte intoxicación en los tres compañeros; dejaron de coordinar sus ideas y hablaban con voz estrepitosa.

Unas familias que paseaban por la ribera opuesta los vigilaban para evitar alguna intervención desagradable.

César decidió tomar un baño, no sabía nadar, pero ¿habría alguna realidad importante para su mente anestesiada? La intoxicación le impedía advertir el peligro. Se quitó la ropa.

—Miiira al puuuto del Céesar, stá reflaco, Güeeey. Parece esqueleeeto rumbeero.— Dijo el Kaky.

—Esqueleeeta rumbeera tu chingaaada y sarrra maaadre güey.— Dijo César y entró al río. El agua corría suavemente.

Sus dos amigos, completamente idiotizados por el alcohol, la marihuana y las pastillas tóxicas miraron entre una neblinosa semi inconsciencia cómo avanzó hacia la parte profunda del cauce.

Se fue hundiendo, sin pedir auxilio. De pronto comenzó a manotear desesperadamente en el agua tratando de mantenerse a flote. Viendo el angustioso pero inútil esfuerzo, el Kaki soltó una risotada y el Cobra lo secundó.

Estuvieron carcajeándose un buen rato hasta que olvidaron la causa de su risa y quedaron callados, muy serios, con la vista extraviada y las mentes inmersas en el algodón de la irrealidad.

Horas después, cuando la tarde pardeaba, el Kaki miró hacia el lugar donde César desapareció y le dijo a su compañero :

—Yooo creeeeo qu'el güeeey ya no va'salir, váaaamonos.
Y se fueron a dormir.

UNA NAVAJA NUEVA

El Muko despertó con la mente nebulosa; sus irritados ojos tuvieron dificultad para acostumbrarse a la escasa iluminación pero, drogadicto de largo historial y ratero contumaz, reconoció de inmediato los detalles del piso; estaba en la celda doce de los separos policiacos. Un terrible dolor le martillaba la cabeza y sentía deseos infernales de vomitar.

Enfocando con dificultad la vista, buscó al Toro, su compañero de correrías. En la celda, abarrotada de detenidos alguien se movió ligeramente en un rincón; ¿el Toro? No. Era otro joven delincuente, el Soco. “Nos volvieron a agarrar”, dijo con un murmullo. “Hubo redada”, contestó una voz. “Qué pendejo soy”, pensó. “Es que haberme dejado sorprender por la tira, con tantas cuentas pendientes, ¡chingado! y contimás por la volanta 4-32 donde anda ese pinche perro del teniente Guzmán; ¡qué pendejada!”

Tenía los labios resecos, agrietados. De pronto, como un relámpago, la realidad lo golpeó. ¡El Toro! ¡Putra madre! ¡Chingadísima madre! ¡El Toro! ¿Qué habría contestado cuan-

do le preguntaron por su amigo? No sabía... Sí sabía, sí sabía lo que le había pasado al Toro.

La tarde del sábado el Toro sacó de su casa una botellota de tequila y, escondidos entre los árboles cerca del río, se la tomaron toda hasta quedar como cola de perro, hasta atrás. Ahí mismo hicieron cuentas. El Muko había puchado un buen guato de pastillas y le entregó el dinero de la venta. Nadie los había detectado. “Pinche Toro, que chingón es”. Dijo entre dientes.

La sonrisa que comenzó elevar la comisura de sus labios quedó congelada. En la puerta había aparecido la figura angulosa, fría, oscura, compacta, del comandante Fonseca, jefe del departamento de investigación criminal. Fonseca jamás se tentaba el corazón para aplicar el método persuasorio, conocido o desconocido, legal o ilegal, que le permitiera esclarecer los crímenes. Siempre obtenía resultados positivos y se jactaba de ello.

Cuando alguien lo denunciaba ante la Comisión de Defensa de los Derechos Humanos escuchaba advertencias y recomendaciones en silencio, luego enseñaba los dientes y soltaba una corta risita. Era todo.

La mirada de Fonseca se clavó en el Muko y ordenó al oficial de guardia: — “Renero, lleve este pinche coludo a la sala de interrogatorios”. — “Alguien me balconeó”, pensó el Muko. Las rodillas le temblaban. Diego Fonseca, un hombre con ojos como brasas, negros, penetrantes; ojos de animal de presa, entró a la celda.

El Muko se levantó trabajosamente y se pegó a la pared. El largo rostro de Fonseca, marcado con las profundas cicatrices que deja toda una vida de violencia, llenó el horizonte. La primer bofetada vino sin aviso; la cabeza del Muko rebotando contra la pared se llenó de zumbidos. Empezó a gimotear. La segunda le partió un labio y le fracturó el puente de la nariz.

Vinieron otras, muchas, y cada una se acompañaba de la misma pregunta.

— ¿Dónde está el Toro?

Mientras la sangre brotaba a borbotones por la nariz, el Muko sintió su orina, tibia, mojando el pantalón.

Recordó la paliza recibida un año antes a manos del agente Sánchez. En esa ocasión sufrió fractura en dos costillas y estuvo evacuando sangre durante ocho días. Lo tiraron, inconsciente, en el bordo de un canal. Su mamá quiso quejarse con la Comisión de Derechos Humanos pero él le había dicho:

— “Nuaga pedo amá; nuaga pedo, es mejor callarse l’hocico. Siusté se raja, cuando miagarren otra vez me v’ir pior...”— Las piernas, de hilacho, se le fueron doblando. Antes de caer acertó a murmurar:

— Tá bien, comandante le-v’uá decir todo, pero ya no me pegue—. La blanca dentadura de Fonseca brilló y le pegó dos, tres, cuatro bofetones más.

— Por favor ya no me pegue, comandante.

Esta chingadera comenzó cuando me volví a enredar con el Toro. Liabía jurado a mi mamacita, le juré por Malverde no volver a quemar mota ni tragar pastillas, pero ya nuaguantaba, tráiba un chingo de ganas decharme un gallo, pero pos con qué compraba la yerba, así quiotra vez le ayudé al Toro a “puchar” pastillas en los parques y con los “plebes” de las escuelas.

Estábamos yo y el Toro hasta arriba, con mota y *roinol* y entonces que me dan ganas de cagar. Me fui detrás diunos alamitos y cuando mestaba subiendo los pantalones pos que llegan los Espais, es decir el Yacasi, el Sumuy y el Cachas; usté ya conoce a los Espais comandante, son húngaros. Hijos de puta bien gandallas, como están bien grandotes pegan unos chingadazos de poca madre, nadie los aguanta. Le pidieron pas-

tillas al Toro y que el Toro los manda a chingar a su madre. Ya los conocía queran retetransas.

El Toro no era ningún dejado, tenía los huevos muy bien puestos, y taba rete fuerte, pero, pos los Espáis eran tres. Entonces, entre el Cachas y el Sumuy que lu aperingan y que le agarran los brazos y que se los tuercen y entonces que el Yacasi lo esculca y que lencuentra el rollo de billetes y un guato de polvo que liabían pasado en la tarde y que también le baja la escuadra, una tres ochenta quer'una chulada, comandante.

Tonces, quel Toro escupe al Yacasi y entonces el Yacasi que sencabrona y que le rompe el hocico diun chingamadrazo al Toro y entonces quel Toro, así como lo tenían agarrado de los brazos el Sumuy y el Cachas que le suelta un patadón en los huevos al Yacasi y entonces el Yacasi, medio doblado del chingadazo que saca un 007, ni supe de dónde, y que se la clava al Toro en la pura boca del estómago.

El toro ni ruidizo. Pataleó tantito, empezó a echar sangre por la boca, roncando refeó y luego se quedó quieto. Los Espais vieron pa donde yo staba pero ni madres que me vieran porque me tiré al suelo, ahí mismo donde estaba la mierda. Me embarré todo pero:

¿Qué tal si me ven los Espais? Pos a mí también me parten la madre. Se fueron en chinga, voltiando pa todos lados.

Entonces al rato que salgo y que muevo al Toro, como dicen quiantes de morirse uno se retuerce y pega unos gritotes, pos pensé quel Toro taba vivo y haciéndose pendejo paque los Espais ya no lo golpiaran.

Tonces ya vi quel Toro taba hecho bolita, bien aguado; ni se movía, ni resollaba, ni nada... ¡Taba muerto, comandante! ¡Taba muerto! Con la boca llena de sangre y los ojos bien pelones.

Yo pensé: si aviso, los Espais van a saber que yo los vi chingarse nél y me van a partir la madre. Tonces, pos, mejor lo enterré.

¿La navaja? Pos es la 007 que traiba anochi; estaba nuevecita, ni modo de dejarla tirada. Pero yo no fui comandante, el Toro era mi mero jefe.

Ya no me va a pegar ¿verdá, comandante?”

OAXAQUITAS

Este año hizo un frío endemoniado en Texmelucan de la Cañada, el pueblito donde Bardomiano y yo nacimos y crecimos juntos. Las temporadas de sequía han dejando resacas nuestras tierras; los maizales solamente producen pequeñas mazorcas cuyos granos, pocos y dispares, apenas alcanzan para sacar unas cuantas tortillas. El arroyo es pura arena perdido rastro de humedad y los pozos, cada vez más profundos tienen poca agua, apenas para beber.

Los fuereños que nos miraban pensaban que teníamos la misma sangre en las venas: pequeños, delgados, morenos, de manos finas y esa mirada de soslayo que a la gente de razón le parece taimada, pero que sólo es desconfianza.

Nuestros padres nos dieron apoyo y fe en nosotros para que Bardomiano y yo fuéramos a estudiar en la Normal de Oaxaca. Yo había ganado muchos concursos de literatura y a Bardomiano nadie se le ponía enfrente cuando se trataba de competir en matemáticas.

Alcanzamos a terminar el segundo año pero no pudimos

conseguir becas y una vez que se acabó el dinero regresamos al rancho, enterradas las ilusiones, igual que las esperanzas de lograr una buena cosecha.

Hace como dos meses el tata de Bardomiano me cayó muy de madrugadita:

—Alevántante Tadeo, m'están pidiendo gente de diciséis años pa'riba; los quieren pa' llevarlos a trabajar a Sinaloa.

Sinaloa es, para nosotros, una verdadera tierra de promisión; la sensibilidad de los otomíes, artesanos que decoran con exquisito gusto jícaras y pequeñas cajas olorosas, es aprovechada por los agricultores. Tenemos facilidades para el trabajo de calidad que necesita la plantación, corte y selección de tomate, chile, calabacita, pepino y berenjena producidos entre la costa y la sierra. Es una chulada; así dicen aquí.

Viajamos dos días en ferrocarril, hacinados en calurosos vagones, comiendo lo mínimo, bebiendo agua sucia y acordándonos del pueblo mientras consumíamos las tortillas duras, envueltas en ese viejo trapo donde nuestras mujeres pusieron alimento y lágrimas en el último amanecer junto a su calor.

Las uniones de los rieles, en aletargante ritmo, respunteaban el bamboleo de los furgones que hora tras hora nos acercaban a la tierra donde esperábamos mejorar nuestra situación y tal vez conseguir suficiente dinero para seguir estudiando.

El campo sinaloense nos dio la bienvenida con el cálido, húmedo y oxigenado aire de sus grandes planicies. El campamento estaba cerca. Cobertizos construidos con barrotes de pino y techos de lámina de cartón formaban grupos de viviendas. A las familias les dieron casitas; los solteros nos alojamos en largos galerones; extendí sobre el piso de tierra el grueso cobertor de lana tejida a mano y quedé dormido de inmediato.

Transcurrieron muchos días; trabajábamos de sol a sol, pero los otomíes hemos estado felices; estamos acostumbrados al trabajo rudo en las agostadas parcelas oaxaqueñas y aquí nos pagan bien, comemos y ahorramos para llevar dinero al pueblo.

Pronto llegaron vendedores de todas clases. Vestidos, calzado, adornos y artículos de belleza para las mujeres; *los hombres* compramos sombreros, ropa y por supuesto bebidas alcohólicas para quitarnos la nostalgia de estar lejos de nuestras casas. Algunos puchadores de marihuana se colaron disfrazados hábilmente de peones y comenzaron a pasar yerba. Bardomiano y yo compramos una poca de mota y compartimos, como buenos amigos, droga y mezcal. Desde la semana pasada la producción comenzó a mermar y empezó a trabajar menos gente. Hoy amaneció cayendo una fina llovizna sobre las plantaciones y la gente no fue al corte. Aproveché para armar una jugada de baraja. Toda la tarde, mientras el agua goteaba de los techos de cartón, me la pasé jugando albures, Ya se sabe que el monte gana casi siempre. Bardomiano, conociendo mis habilidades, no quiso jugar; se dedicó a reparar sus huaraches con la navaja que usa para el corte de tomate. Yo me divertí a lo grande. Entre albur y albur nos tomamos varias botellas de tequila y, como es natural, surgieron pleitos; a la gente no le gusta perder. Para que no siguieran los pleitos y antes que cambiara la suerte paré la jugada.

Mi amigo, sentado sobre un ladrillo, fumaba marihuana mientras aguardaba en hosco silencio. Creo que estaba pensando que lo había hecho a un lado.

Yo estaba alegre por la ganancia. Como de costumbre, tendí en el suelo mi cobija de lana pero, trastabillando por la embriaguez tropecé con el Bardomiano y le pisé una pata. No dijo una palabra pero me lanzó esa mirada suya rete rencorosa que le conozco de toda la vida.

Ojalá me hubiera dado cuenta de la muina que traía por dentro pero, con la borrachera ¿quién se fija? Entonces le pegué, despacito, ese golpecito de cariño con que siempre nos saludamos. Tal vez lo alcancé en la punta de la quijada o lo agarré mal sentado, el caso es que se fue para atrás, levantando los pies hasta arriba. Solté la carcajada, me reí como loco, porque cayó rete chistoso. Por esta cruz bendita que no fue de adrede. ¿Pues, desde cuándo somos amigos? Deveras no tuve mala leche, pero la grifa es mala consejera. ¿Alguien entiende a los marihuanos?

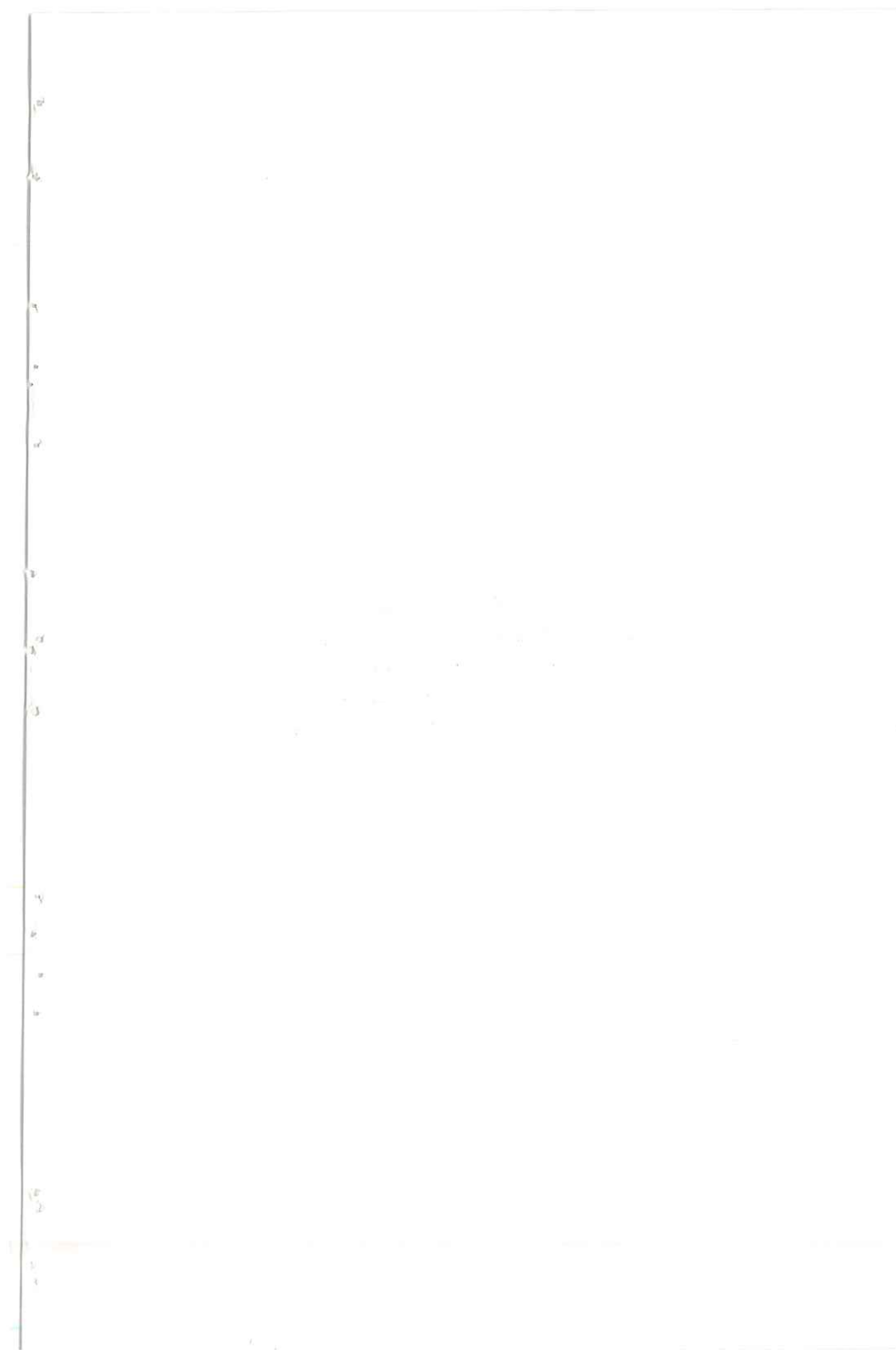
Por estarme riendo de él no me fijé que traía su navaja en la mano. Me la clavó en el pecho. No me dijo nada, no le dije nada, nomás me la clavó, hasta adentro. Ni me dolió. La sacó toda ensangrentada y me quedé como tonto, tratando de parar con la mano el chorro de sangre que me está saliendo del pecho. Bardomiano limpió la navaja en la manga de mi chamarra. Después, en silencio, como lo hace siempre, se acostó y se tapó con su cobertor.

Siento que la vista se me nubla y empiezo a sentirme débil, muy débil...

INDICE

PRESENTACION -----	5
La casa de los guayparimes -----	7
Juupe, el achire -----	13
Jaquiviri -----	21
Cosas del destino -----	27
Arcilla verde -----	33
El jugador de ulama -----	37
Pescadores -----	41
Yerberitas -----	45
Luto en la tribu -----	51
SEGUNDA PARTE (de variados temas) -----	55
En la selva -----	57
Calienta la cena -----	59
El Quirri -----	63
Una historia de amor -----	69
¿A dónde va, señorita? -----	75
¿De qué te dan ganas? -----	81
El desconocido -----	85

La noche del cazador -----	89
TERCERA PARTE (de delincuentes juveniles	
y otros enemigos)-----	95
Viejos amigos -----	97
El pellejos -----	101
Caída libre -----	105
Principio de autoridad -----	109
Se ahogó, el güey-----	113
Una navaja nueva -----	117
Oaxaquitas -----	123



Jaquiviri, y otros cuentos

se terminó de imprimir en el mes de marzo
en los talleres gráficos
de Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa.

La edición consta de 1,000 ejemplares.

COLECCION
"TORRE DE BABEL"

EPOCA II

Jaquiviri y otros Cuentos
Manuel de Atocha Rodríguez Larios

Manuel Rodríguez Larios es un apasionado de la historia de Sinaloa; durante décadas ha hurgado en la elusiva retícula formada por las obras de los principales historiadores de nuestro estado, buscando datos y referencias que le permitan una percepción más precisa y objetiva de los pueblos que lo habitaron antes que llegaran los conquistadores españoles; de estas lecturas extrajo los temas para integrar la primera parte de este volumen: nueve cuentos construidos en el marco de algunas costumbres y tradiciones prehispánicas del norte de Sinaloa, lamentablemente poco conocidas.

En los ocho cuentos de la segunda parte, Rodríguez mira casi siempre hacia la vida cotidiana y, aunque algunos son imaginación pura, puede decirse que todos cumplen con el postulado básico del cuento: *divertir*. La última parte, escrita a la luz de las vivencias del autor cuando fungía como Delegado del Consejo Tutelar para Menores, refleja una intensa y comprensiva visión de los delincuentes juveniles, de sus conflictos personales y de sus ineluctables tragedias mientras rescata, con llaneza, el crudo lenguaje del hamponcillo de barrio pueblerino.

"*Jaquiviri y otros cuentos*." está formado por 24 breves y entretenidos textos cuyo estilo, al recorrer variados formatos literarios, permite que sus inesperados finales dejen en el lector una reflexión ...o una sonrisa.



COLEGIO DE BACHILLERES DEL ESTADO DE SINALOA

Organismo Público Descentralizado

COBAES